

Magíster
VOLUMEN 59

*La
construcción
social del miedo
caso: Sucumbíos*

*Belén Vásconez
Rodríguez*



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



ABYA
YALA



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

La construcción social del miedo
Caso: Sucumbíos

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 59

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR

Toledo N22-80 • Teléfonos: (593-2) 322 8031, 322 8032 • Fax: (593-2) 322 8426
Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
E-mail: uasb@uasb.edu.ec • <http://www.uasb.edu.ec>

EDICIONES ABYA-YALA

Av. 12 de Octubre 1430 y Wilson • Teléfonos: (593-2) 256 2633, 250 6247
Fax: (593-2) 250 6255 • Apartado postal: 17-12-719 • Quito, Ecuador
E-mail: editorial@abyayala.org

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL

Roca E9-59 y Tamayo • Teléfonos: (593-2) 255 4358, 255 4558
Fax: (593-2) 256 6340 • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
E-mail: cen@accessinter.net

Belén Vásconez Rodríguez

La construcción social del miedo
Caso: Sucumbíos



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



Quito, 2005

La construcción social del miedo

Caso: Sucumbíos

Belén Vásconez Rodríguez

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 59

Primera edición:

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Ediciones Abya-Yala

Corporación Editora Nacional

Quito, mayo 2005

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Diseño gráfico y armado:

Jorge Ortega Jiménez

Cubierta:

Raúl Yépez

Impresión:

Impresiones Digitales Abya-Yala,

Isabel La Católica 381, Quito

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

9978-19-104-6

ISBN: Ediciones Abya-Yala

9978-22-511-0

ISBN: Corporación Editora Nacional

9978-84-384-1

Derechos de autor:

Inscripción: 021916

Depósito legal: 002951

Título original: *La construcción social del miedo en Sucumbíos*
Tesis para la obtención del título de Magíster en Comunicación
Programa de Maestría en Comunicación, 2003
Autora: *Belén Vásconez Rodríguez*. (Correo e.: *bvasconez@hotmail.com*)
Tutor: *José Laso*
Código bibliográfico del Centro de Información: T-0223

Contenido

Reconocimiento / 9

Presentación / 11

Introducción al miedo / 15

Contexto sociodemográfico y político de Sucumbíos / 19

Cronología caso Putumayo (diciembre de 1993) / 21

Crisis económica, Plan Colombia, OCP... / 23

La violencia / 27

Teorías sociales de la violencia / 28

Apuntes sobre el miedo / 33

Dimensión política del miedo / 35

Miedo y control social / 36

Circulación masiva del miedo / 39

Lo que dice la prensa nacional / 40

Lo que dice la iglesia / 44

Testimonios y relatos / 49

Relato Sucumbíos / 49

Lenguajes y metalenguajes del miedo / 63

Conclusiones / 67

Bibliografía / **71**

Universidad Andina Simón Bolívar / **73**

Títulos de la Serie Magíster / **74**

*A mí, por el miedo que me cuesta
A la Mariana, por el miedo conjurado*

Reconocimiento

Al Pepe Laso, por su terca y maravillosa incondicionalidad como maestro, amigo y ser humano.

Presentación

En Sucumbíos, a partir de la aplicación del Plan Colombia, participé en una serie de talleres de protección a los derechos civiles con énfasis en el derecho internacional humanitario. Ente ires y venires, el convivir con la gente me decía o, más bien, me callaba que ya no era el mismo.

La gente de Sucumbíos solía ser más bien amistosa, abierta, especialmente con los turistas (hace años el turismo era una de las mayores fuentes de ingreso de la provincia). Sin embargo, ahora, algo les había cambiado; y las relaciones humanas se volvían si no difusas, al menos extrañas.

El proceso social y político que estaba viviendo la provincia llevaba violencia en su matriz y con ella, asociado a ella o nacido de ella, estaba el miedo y se extendía a los cuatro puntos cardinales y silenciaba o marcaba nuevos códigos de conducta, de relaciones, de actuaciones, de sentires de la gente.

¿Por qué Sucumbíos, si resulta que el país entero, por no decir el mundo, está abocado a la misma lógica de violencia y miedo? Es que Sucumbíos era un pueblo que, a pesar de haber sido abandonado por los gobiernos de turno, había aprendido a convivir con su frontera, con su pobreza, con sus afectos, con sus formas alternativas de soñar que aun así, con su hambre, el futuro era posible.

De pronto los ríos dejaron de ser los ríos y la gente empezó a enfermar; de los miles de millones de dólares extraídos gracias al petróleo, nada quedó en la provincia, o sí, quedaron las pozas de «agua mala», el lodazal de los alrededores, el agua que dejó de ser, los pozos secos. Pero aún había petróleo que desangrar a la provincia, aún faltaba el poderoso oleoducto, el OCP que, tiempo después, terminaría por cercar la historia de varias familias campesinas e indígenas.

Años antes, campesinos y guerrilla colombiana sostenían una relación amable, y no solo ellos. Según se cuenta, los domingos se podía disfrutar de partidos de ecuavoley entre militares ecuatorianos y guerrilleros. Muchos lazos afectivos se profundizaron con familias colombianas y muchas resoluciones de justicia, a falta de un aparato institucional, se hicieron a través de los guerrilleros, con las que quedaban conformes todas las partes.

Dos elementos claves rompieron definitivamente la aparente calma, por un lado se empezó a aplicar el Plan Colombia que, además de desplazar civiles colombianos por la violencia, incitó el paso de guerrilleros seguidos de paramilitares y militares colombianos. De pronto ya no eran seguras las relaciones y la gente empezó a temer el acercamiento de los colombianos por miedo a represalias de grupos paramilitares. Por otro lado, se inició la perforación del nuevo ducto petrolero a cargo de la compañía OCP. Mas de 70 comunidades salieron afectadas por el paso de la maquinaria y no hubo justicia humana que pudiera contra la compañía multinacional.

Violencias juntas, Muñiz Sodré habla de un «Estado de violencia», una violencia visible e invisible bajo cuyas modalidades, en diferentes circunstancias, han pervivido las sociedades a través de la historia, en cuyas estructuras caben todas las violencias y, dentro de ellas o, a consecuencia de ellas, a su sombra, permanece el miedo.

La circulación de la violencia, las palabras, los rumores, el miedo representado en personas o cosas cotidianas, vuelven a éste una epidemia que corroe las raíces mismas de la sociedad, rompe con una cotidianidad y, en su lugar, dispone de nuevos códigos que harán de las relaciones sociales una convivencia en tensión permanente, en desconfianza, en inseguridad.

Mientras exista el miedo, dice una de las conclusiones que confirmo en este trabajo, éste domina el cuerpo y la mente de las personas, las deja a merced de la incertidumbre y las vuelve seres pasivos y no libres. Serán quienes padecen y nunca hacen su propia historia.

Más allá del miedo como fenómeno individual, el manejo de la información, la militarización, las amenazas directas o indirectas, los métodos de investigación, todos éstos y otros son recursos de miedo manejados por alguien para «advertir» a la población; son tentáculos de miedo entregados a la gente para que ésta se apropie de un mismo sentimiento, de una misma verdad, de las mismas mordazas.

Es posible hablar de una nueva ciudadanía, una ciudadanía basada en el miedo donde confluyen más de un discurso y más de un símbolo. En sociedades mutiladas por la angustia, queda el silencio como la única protección, la única garantía de vida. Donde se debe pretender que, si se ve, se oye y se calla, nada pasará, entonces se podrá vivir con tranquilidad. Es mejor no preguntar quién murió y menos por qué, todos lo saben, nadie lo dice.

La violencia institucional del Estado promete seguridad y militariza la ciudad. La visión de la presencia militar en la gente es difusa y, en general, las versiones se contradicen: no hacen nada, reprimen o tienen lazos con otros grupos armados. Lo cierto es que están allí y el ambiente de una ciudad militarizada únicamente denota la atadura a la que están sometidos sus habitantes.

Poco a poco el tejido social sufre procesos de mitosis que lo reduce a la familia, al grupo de la iglesia, a los tres o cuatro amigos de quienes se sabe lo suficiente para no dudar; con quienes se puede hablar, todavía.

Tal como sugirió el maestro Pepe Laso, traté de leer a la ciudad como un texto y así reescribirla y, lo más importante, fui parte de uno de sus párrafos. Sus palabras se leen solas y sus conclusiones son tan claras como aquéllas.

Estuve algo más de tres meses en Sucumbíos para escribir mi diario de campo; algo como la historia que transcribo a continuación me da la certeza de que, a pesar de todo, las palabras se hacen todos los días, porque el ser humano tendrá siempre cosas que decir y, con suerte o con algo de dignidad, será –seremos–, tendremos que ser nosotros y nosotras quienes aprendamos a escuchar y hasta podría ser que algún día, ojalá pronto, seamos capaces de dar una respuesta.

Don Leonardo es un hombre de 65 años, pequeñito, moreno, con rasgos indígenas. Tiene las manos endurecidas por el trabajo en la tierra. Quiere denunciar lo que le han hecho, pero no encuentra a nadie. Me dice que ya le contó a un señor que es abogado y que les puede defender a los campesinos, pero que no pasa nada. Que ya ha firmado papeles, que le dijeron que vaya al Defensor del Pueblo, pero finalmente nadie le responde. El brazo derecho que utilizaba con el azadón para cortar la caña está dislocado, lo tiene doblado y amarrado al cuello con un pañuelo sucio. Dice que en el hospital ya no quieren atenderle, que le dicen que ya se ha de sanar con el tiempo. Pero don Leonardo ya no siente su brazo cada vez más amoratado. Le pido un certificado del médico que le atendió en el hospital y regresa dos horas después a contarme que no le quisieron dar ningún certificado, que el médico negó todo y que la enfermera le dijo que no quiere meterse en problemas y que él mejor se vaya a su casa.

Voy al hospital, pregunto por el médico, hay un revuelo en la sala de espera. Me piden identificación, me preguntan por qué estoy ahí, para quién trabajo. Cuarenta minutos más tarde aparece una señora gorda vestida de blanco y me dice que el médico no está, que viajó a Quito, que no saben cuándo volverá. Le cuento el caso, le recuerdo que es un derecho legítimo de cualquier enfermo del hospital solicitar su historia clínica y un deber de la institución extenderle los certificados que se requieran. La enfermera me mira primero con furia, después con paciencia. «No le podemos ayudar», dice, y se va.

El caso es que, en uno de los desalojos realizados por la compañía OCP, don Leonardo se paró frente a la cerca de su finca para impedir que la maquinaria pasara, los policías que habían acompañado al personal de la empresa petrolera le pegaron y patearon en el brazo cuando cayó al piso. Ya no puede trabajar, tampoco tiene ya su finca completa, porque la maquinaria entró y dejó a su paso lodazales enormes. Dice que ya no tiene qué perder, pero quisiera que alguien haga algo, alguien a quien pueda decirle lo que le pasó.

Me toma de la mano con su brazo «bueno» y llora, «usted, señorita, usted que vive allá en la capital, donde vive Dios, dígame, dígame que pare la vitrola, que se olvide de dar la cuerda, qué bueno fuera». Se va caminando despacio, lo sigue sin ninguna discreción una camioneta blanca y azul, el señor de la tienda me dice en voz baja que son los empleados de seguridad de la empresa OCP.

Introducción al miedo

Casi siempre cuando tratamos de explicar las relaciones humanas, nos encontramos con espacios inaccesibles para ser teorizados bajo parámetros de conocimiento lógicos o razonables. Y es que los seres humanos, nacidos y aprendidos a partir de experiencias cotidianas, hemos hecho lo posible por desfigurar los órdenes de convivencia y alterar los espacios de encuentro.

En una sociedad como la nuestra, esparcida por los vientos de guerra y violencia, dividida y desmembrada, la gran mayoría de la población permanece excluida no solo del acceso o repartición de la riqueza nacional, sino de la toma de decisiones políticas que finalmente determinan el presente y el futuro de sus comunidades. Esa gran mayoría convive todos los días con diversos desórdenes, inseguridades, subjetividades y deseos sin preguntarse —o cansada de preguntarse—, hacia dónde les-nos llevará ese juego perverso y milagroso de la existencia humana.

Muchos teóricos y científicos sociales han hablado de una «cultura de la violencia» reconocida y empoderada en todos los rincones del mundo. Sin embargo, poco se ha estudiado sobre uno de sus efectos o de sus dimensiones, probablemente la más humana de todas: el miedo.

Más allá de descripciones de orden psicológico o sociológico, el miedo, tal como lo dice Susana Rotker en su compilación *Ciudadanías del miedo*,¹ es tan inexpresable como el dolor humano y para intentar descifrarlo es necesario leer a una comunidad como si fuera un texto, leerla desde la palabra de la gente que la construye y que la vive.

Solo el texto que se transparenta, a partir de los espacios sociales en donde el miedo es una experiencia cotidiana, permite hacerse una idea de las nuevas formas de relaciones humanas construidas a su alrededor, los nuevos signos o símbolos a través de los que se expresa ese miedo como eje articulador alrededor del cual se entrecruzan palabras, voluntades e incluso acciones.

El miedo congrega una multitud de sentires que finalmente encierran al ser humano en sí mismo, limitando o paralizando su capacidad de acción.

1. Susana Rotker, edit., *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, 2000.

El otro, el que se niega a conocer, tendrá también su dosis de miedo y probablemente en su nombre se perdió también la identidad.

Del mágico amuleto protector a la constitución del Estado, la historia de la humanidad ha sido la historia de la larga búsqueda para contrarrestar los efectos de las fuerzas que amenazan, de diferentes maneras, la permanencia, la estabilidad, la certeza de vida.²

El miedo cotidiano a perder esa «certeza de vida» podría a la larga significar un paréntesis en los ciclos de la historia, una historia que deja de reconocerse como tal cuando la única certidumbre a la que se aspira llegar es a despertar al día siguiente.

Según algunos psicólogos³ el miedo libera un tipo de energía que tiende a construir una defensa frente a la amenaza percibida. Todo esto supondría que el miedo en las personas es una reacción natural, espontánea, prerreflexiva. Lo que implicaría aceptar que el organismo humano está dotado de alarmas que le permiten reaccionar «espontáneo» ante una amenaza y que, mediante la socialización, el individuo debe aprender a identificar y a discriminar las fuentes de peligro, utilizar y controlar sus reacciones, incorporar nuevos saberes.

Susana Rotker, dice que la violencia y el miedo trastocan todos los órdenes, inclusive el del discurso. «Es como si el vacío de lenguaje de la razón y el deterioro de los significantes buscara anclaje en el lenguaje de la subjetividad, de los sentimientos, lo que termina aumentando la difusa paranoia cotidiana.»⁴ Por ello, los sujetos se reconocen o dejan de hacerlo en espacios interrumpidos y las sociedades adquieren una identidad diferente.

Los miedos son un elemento clave de los nuevos modos de habitar y de comunicar, son finalmente la expresión de la angustia y, a través de los testimonios que llegan a manera de exorcismos, se puede explicar o entender.

En un estudio sobre los efectos del miedo en la vida de la gente, la Comisión de Derechos Humanos de Chile publicó, en 1989, un informe detallado sobre las relaciones sociales entre chilenos y chilenas que todavía no habían podido romper la dictadura del terror. En este informe se hace una referencia al proceso de comunicación; enunciando algunos de sus paradigmas, dice que:

2. Rosana Reguillo, en Susana Rotker, edit., *ibidem*, p. 186.

3. Cfr. Jeffrey A. Gray, *La psicología del miedo*, Madrid, Guadarrama, 1971.

4. Susana Rotker, edit., *Ciudadanía del miedo*, op. cit., p. 9.

Toda comunicación humana de dialogantes se interpelan sobre la base de una mínima confianza mutua. Esta confianza es el fundamento de toda práctica comunicacional. Entonces, ¿qué sucede en este ambiente humano en el que la confianza ha sido sustituida por la desconfianza?, ¿Qué pasa cuando el sustrato de los dialogantes es la inseguridad (y el riesgo) y el nexa principal en la comunicación es el miedo?⁵

Generalmente el recuento de cifras suele deshumanizar el reflejo de las verdaderas sensaciones de vacío y desvalimiento ciudadano que representan la violencia y la muerte, cuando se cuelan en el convivir cotidiano. Probablemente los cientos de letreros de «Se vende» en las calles de una ciudad cada vez más sola dicen más que los números y las estadísticas de la comisaría.

Los estudios sobre la violencia y el miedo, por lo general, se concentran en la situación urbana. Las ciudades que crecen hacia dentro con más velocidad que hacia fuera y que, al menos en las grandes y pequeñas capitales, con su especificidad, se expresan en la creación de muros y la ruptura de espacios públicos. Ciudades donde nos quedamos cada vez más solos y más protegidos del otro.

Sin embargo, seguramente porque la información al respecto no ha pasado de ser crónica roja, no se ha abordado la manera en que las provincias de frontera han tenido que rediseñar su sobrevivir cotidiano al ser parte involuntaria –naturalmente– de un conflicto social, político y económico que nunca reconoció como pueblo y que dejó hace tiempo de reconocer fronteras geográficas.

Como ya se anotó, es imposible describir el miedo, pero quizá sea posible leerlo a través de los personajes que lo hacen y lo recrean a diario; tal como lo afirma Rossana Reguillo,⁶ entonces quizá sea posible descifrar al miedo a través de un relato de quienes lo existen. Los testimonios, los saberes que se producen a partir de ellos tejen nuevas redes de significados que los estudios especializados no han podido salvar.

Sucumbíos –y su capital Lago Agrio– ha sido desde hace décadas una provincia abandonada por los gobiernos de turno, aunque ha sido la principal fuente de explotación petrolera. Su ubicación fronteriza ha permitido el desarrollo de relaciones comerciales e incluso afectivas con las familias del lado colombiano. Sin embargo, a partir de la aplicación del Plan Colombia, se evidencian múltiples conflictos, situaciones de violencia, abusos de poder y desprotección ciudadana que han configurado un escenario en el que se confun-

5. Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU), *Tortura. Documento de denuncia*, vol. X, Chile, 1989, p. 5.

6. Susana Rotker, edit., *Ciudadanía del miedo*, *op. cit.*

den las experiencias de dolor del lado colombiano y las raíces de una violencia propia. Recientemente y sumado a esto, la construcción del nuevo Oleoducto Transecuatoriano, a cargo de la compañía OCP, ha causado varios incidentes, en los que han participado las fuerzas de seguridad privadas y las estatales.

Muchas son las limitaciones en una investigación de esta índole, la primera de ellas es el mismo tema que la motiva. El miedo censura la palabra y disfraza el sentir, al mismo tiempo, que lo evidencia. Esto determina que no existe una metodología exacta para investigar el tema, sino que solo se puede llegar a él por un trabajo de campo, a través de reuniones, conversaciones formales e informales, observación de campo, entrevistas y acercamientos a las vivencias cotidianas de la gente en Lago Agrio.

El trabajo se divide en seis secciones, la primera describe el contexto sociodemográfico y político de la provincia de Sucumbíos; la segunda da un marco conceptual a la violencia y al miedo y su tipología; la tercera es un acercamiento a la dimensión política del miedo, su influencia sobre la sensación de inseguridad y el control social en áreas de conflicto; la cuarta contiene una síntesis de prensa en periódicos locales y nacionales sobre la situación de la provincia y la visión del representante de la iglesia, por ser un referente para la población; la quinta da cuenta de la circulación del miedo, a través de los testimonios de la gente, la supervivencia a ese miedo y su lenguaje creado y, por último, se intenta llegar a algunas conclusiones de las ciudadanías del miedo y desde dónde se lo podría confrontar.

Contexto sociodemográfico y político de Sucumbíos

La provincia de Sucumbíos se creó el 12 de febrero de 1989, mediante la ley 008 en el gobierno de Rodrigo Borja; está situada en la región nororiental del país y limita al norte con Colombia, al este con Colombia y Perú, al sur con la provincia de Napo y al oeste con las de Carchi, Imbabura y Pichincha. Su capital es Nueva Loja (más conocida por su nombre anterior Lago Agrio).

Su relieve se divide en una zona montañosa, llamada tercera cordillera, donde está el volcán Reventador y, en otra zona, de llanura amazónica cubierta de selva. Sus principales ríos son Aguarico, San Miguel y Putumayo, todos de la cuenca amazónica.

En esta provincia, habitada originalmente por pueblos cofanes, sionas, secoyas y quichuas, se encuentra la mayor cantidad de pozos petrolíferos, el Oleoducto Transecuatoriano y, desde 1999, se inició la construcción del nuevo Oleoducto de Crudos Pesados, a cargo de la compañía OCP. Aparte del petróleo, la provincia contiene reservas de oro, minerales metálicos, no metálicos y caliza.

Las comunidades originarias sufrieron, desde la década de los años 70, la irrupción de grupos religiosos que, con la muletilla de la evangelización, civilización o estudios, irrumpieron en su cotidianidad y rompieron los tejidos sociales elementales o al menos los lesionaron.

Entre las compañías petroleras, el incremento de la militarización y los grupos religiosos que se autodenominaban «civilizadores», las comunidades indígenas de la zona debieron ceder varios espacios, aceptar las teologías foráneas y negociar tierras a cambio de servicios.

El 29 de marzo de 1967, el Consorcio Texaco Gulf dio a conocer al gobierno ecuatoriano que el petróleo que había brotado del pozo Lago Agrio No. 1 era de la más alta calidad y en cantidad suficiente para prever una gran rentabilidad en su explotación; a partir de entonces comenzó la campaña intensiva de perforación.

Durante ese tiempo, la ciudad de Loja enfrentaba una de las peores épocas de sequía y sus habitantes migraron hacia todos los rincones del país. Los primeros colonos llegaron a Lago Agrio buscando construir una ciudad

en el Oriente que se convertiría, según sus expectativas, en la primera capital petrolera.

De esta manera llegaron a los alrededores de los campamentos de la compañía Texaco y, con ayuda de algunos miembros de las Fuerzas Armadas, bastante esfuerzo colectivo y en constante pugna con funcionarios del Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC), los primeros colonos lograron asentarse en lo que hoy es la provincia de Sucumbíos.

Al acelerado programa de perforación petrolera le siguió la construcción del aeropuerto de Lago Agrio, el personal contratado junto a los empleados y familiares del Consorcio empezaron a edificar casas, oficinas, salas de juego, cabarets y tiendas de comercio.

A la par de la explotación del petróleo, creció la contaminación; sus residuos junto a los químicos utilizados se acumulaban alrededor de cada pozo perforado y circulaban hasta llegar a los contenedores naturales de agua: «Con la explotación petrolera las quebradas de Lago Agrio, Shushufindi y Los Sachas se vuelven aceitosas y negras con los residuos que llegan al río Aguarrico, en el cual vierten sus aguas».¹

Mientras tanto, colonos de Loja, Manabí, El Oro, Azuay, Bolívar, Carchi y Esmeraldas llegaban a la promesa de una ciudad petrolera que auguraba prosperidad y, sobre todo, un pedazo de tierra propia para ser cultivada.

La Misión Carmelita, si bien había iniciado su trabajo años antes, desde 1965, trasladó a Lago Agrio la sede de la Prefectura y tomó a su cargo la misión educativa. Su visión, del todo distinta a las irrupciones religiosas «civilizadoras» anteriores, no tenía como objetivo «civilizar» a las comunidades originarias, sino promover su cultura en el marco del respeto a sus costumbres.

Bajo el obispado de Gonzalo López Marañón, la iglesia en Sucumbíos se transformó no solo en un referente organizativo para los habitantes de la zona, sino que acompañó a la comunidad en la lucha por sus derechos elementales y en contra de los abusos de poder.

La iglesia creció y empezó a insertarse en los nuevos proyectos productivos, la mayoría agrícolas y educativos, a través de la construcción de escuelas y otros centros de enseñanza. En esta última etapa, la iglesia local, especialmente a partir de las Comunidades Eclesiales de Base y los Ministerios, conformaron las zonas pastorales que ya tenían su propio Consejo de Pastoral Zonal, al frente del cual estaba un equipo misionero.

En 1974 la Misión Carmelita inició la construcción de una iglesia parroquial, como homenaje a los campesinos lojanos, la Misión bautizó la parroquia con el nombre de Nuestra Señora del Cisne; veinte años después, es-

1. Jorge Añazco, *Sucumbíos, quinta provincia amazónica*, Quito, Producción Gráfica, p. 18.

ta iglesia fue demolida por resultar insuficiente para la cantidad de fieles que debía albergar. A partir de la integración de la Misión Carmelita a la comunidad, varias organizaciones de mujeres, campesinos y jóvenes crearon espacios de concertación en la búsqueda de concretar objetivos colectivos.

Según sus misioneros, la Misión Carmelita asumió un compromiso con los pobres y con los indios, con el fin de potenciar el caminar juntos para evitar que la pobreza y el abandono pudieran doblegar a la fe; en nombre de ella se buscaron los mecanismos para defender la vida y la dignidad de todas las personas. En los últimos años, la iglesia junto a las comunidades cristianas de base, las mujeres y los campesinos ha liderado varios paros cívicos.

Del total de la producción nacional, el 63% de petróleo se extrae de Sucumbíos, 250 millones de pies cúbicos de gas se queman a cielo abierto, hay más de 600 piscinas de desechos tóxicos situadas cerca de los pozos, 4 millones de barriles de lodos de formación.

En especial a causa del petróleo y la vecindad con Colombia, la zona está fuertemente militarizada, y el papel de las Fuerzas Armadas, a decir de los misioneros de la Misión Carmelita, ha estado cuestionado con severidad, por una serie de abusos de poder y suspensión de los derechos civiles de la población. Durante las últimas décadas, la población de Sucumbíos ha sido víctima de graves abusos de poder por parte de miembros de la fuerza pública y últimamente también por parte de los guardias privados que brindan sus servicios a las compañías petroleras.

Un ejemplo de caso de violación a derechos humanos que cobró gran relevancia, a nivel nacional e internacional, es la historia de los 11 del Putumayo.

CRONOLOGÍA CASO PUTUMAYO (diciembre de 1993)

Miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia efectuaron una emboscada a una patrulla fluvial ecuatoriana, que realizaba acciones de control antinarcóticos, en el sitio denominado Peña Colorada, en la provincia de Sucumbíos, Ecuador. El saldo de esta acción fue la muerte de 7 miembros de la policía, 4 militares y un policía desaparecido. El ejército emprendió un operativo para dar con los autores del delito. Se realizaron detenciones indiscriminadas a campesinos de la zona.

Un grupo de 50 militares detuvieron en Montepa a Froilán Cuéllar Linares y Otilio Quinayas. Actuaron sin ninguna orden de detención. Los cam-

pesinos fueron sometidos a maltratos y vejámenes, les vendaron los ojos y luego fueron trasladados en helicóptero, presumiblemente al batallón de Puerto El Carmen.

Un grupo de 40 militares ingresaron a la Comunidad de Nueva Esperanza, violaron el domicilio de Juan Clímaco Cuéllar y lo detuvieron sin ninguna orden legal, junto a su hijo Carlos Cuéllar, su cuñado Alejandro Aguinda, su sobrino Leonel Aguinda, y sus yernos Demetrio Pianda y Henry Machoa. Los detenidos fueron privados de movimiento, vendados, subidos en la lancha de los militares y conducidos a un batallón acantonado en esa localidad.

Tres militares, uno de ellos de apellidos Pinto, detuvieron en las calles de Puerto El Carmen a la ciudadana colombiana Carmen Bolaños, quien fue vendada e ingresada al batallón acantonado en esa localidad.

Miembros del Ejército ecuatoriano detuvieron una embarcación de transporte público fluvial que avanzaba por el río Putumayo con destino a Puerto Asís, solicitaron identificación y detuvieron a Josué Bastidas y Harold Paz. Los detenidos fueron maltratados, amarrados y privados de la vista, los subieron en una embarcación militar y fueron trasladados a un recinto militar, presumiblemente Puerto El Carmen, Ecuador.

En el transcurso de esos días, el Ejército detuvo además a otros campesinos quienes, luego de ser investigados, torturados y maltratados, fueron liberados. Se calcula que se detuvieron aproximadamente a 30 personas, de las cuales retuvieron a 11, quienes fueron incomunicados, sometidos a interrogatorios bajo tortura y trasladados a distintos recintos militares. Se desconoció su paradero durante más de tres semanas.

Los 11 detenidos fueron trasladados a Quito para un acto de entrega recepción entre el ministro de Defensa y el ministro de Gobierno. Fueron conducidos a las Oficinas de Investigación del Delito de Pichincha, donde se realizaron investigaciones bajo incomunicación, presión psicológica y tortura.

El comandante general de la Policía de Sucumbíos, teniente coronel de Estado Mayor Germán Brito, envió oficio al intendente general de Policía de la provincia, solicitándole «legalizar» las detenciones de los 11 campesinos y que disponga que la Oficina de Investigación del Delito de Pichincha sea la que efectúe las investigaciones correspondientes.

Agentes y Oficiales de la Oficina de Investigación del Delito de Pichincha realizaron la investigación. Los detenidos fueron mantenidos bajo incomunicación y sometidos a presiones psicológicas, amenazas, ofrecimientos y tortura física. En estas condiciones fueron obligados a firmar declaraciones autoinculpatorias.

Las infracciones sobre las que se cree tienen responsabilidad son: asesinato múltiple, terrorismo, asociación ilícita, tenencia ilegal de armas, explosivos y municiones, y actividades de narcotráfico.

Reconocimiento de evidencias físicas²

- Funda con objetos de Harold Paz:
 - Tres mil cuatrocientos pesos colombianos, un reloj Orient, un corta uñas usado y semi oxidado, una tijera de bolsillo usada y semi oxidada, una llave de candado marca Diamond.
- Funda con objetos de Josué Bastidas:
 - Ochenta y cinco mil pesos colombianos, cédula de ciudadanía colombiana, un reloj marca Quartz, color amarillo, correa negra.

Dos cinturones para pantalón color café y plateados respectivamente, sin determinar a quien pertenecen.

El Obispo de Sucumbíos, quien había conformado junto a organizaciones de derechos humanos a nivel nacional un Comité por la libertad de los campesinos, visitó al Ministro Fiscal de Pichincha, para explicar el caso, insistir sobre su inocencia y solicitar el despacho oportuno.

Se presentó demanda contra el Estado ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), por violaciones cometidas en contra de los 11 campesinos del Putumayo.

Además, se presentó solicitud de medidas cautelares, en favor de los 4 campesinos liberados, sosteniendo que se encuentran en peligro su libertad, integridad y vida.

Años después el Estado ecuatoriano reconoció su «error», sin embargo, aún no se han realizado las investigaciones para determinar a los autores, cómplices y encubridores de la violación.

CRISIS ECONÓMICA, PLAN COLOMBIA, OCP...

La polarización social, la desatención del Estado, la falta de una institucionalidad responsable de mantener incluso un orden jurídico mínimo de protección, hicieron que mucha gente acepte el arbitrio de la guerrilla colombiana para la resolución de conflictos para mantener alejada a la delincuencia

2. Datos obtenidos del archivo de denuncias de la Comisión Ecueménica de Derechos Humanos (CEDHU), año 2000.

e incluso para dirimir conflictos familiares internos. Esta situación, hasta antes de la aplicación del Plan Colombia, no causaba ningún problema, sin embargo, con la entrada de paramilitares a la zona y la persecución tanto de militares ecuatorianos como de colombianos, estas relaciones también se volvieron «relaciones de peligro».

A partir de la adopción del dólar como moneda nacional y la baja drástica de los precios del café, la provincia de Sucumbíos sufrió una de sus peores crisis económicas, durante este tiempo también se elevaron los niveles de inseguridad y la confusión sobre los actores o grupos armados que operaban en la provincia.

En 1998 se empezó a aplicar el Plan Colombia en la zona del Putumayo y la violencia se incrementó al otro lado de la frontera. Durante el paro armado convocado por las Fuerzas Revolucionarias de Colombia (FARC) y los constantes enfrentamientos con los grupos paramilitares y militares, decenas de familias entraron a Ecuador para huir de la muerte y el terror. Nuestro país, apenas preparado para enfrentar la pobreza local, con la ayuda de la iglesia, intentó implementar un plan de ayuda a los desplazados que resultó insuficiente para cubrir sus necesidades.

Contradiendo las cifras esperadas, la cantidad de colombianos y colombianas no se quedó en la provincia de Sucumbíos, según datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), existe un fuerte flujo de migración que ha entrado a otras provincias como Azuay y Pichincha (Santo Domingo). Sin embargo, se calcula que existe una constante movilidad de colombianos en nuestra frontera que no se registran y que permanecen de manera intermitente.

Como parte del Plan Colombia también se iniciaron las fumigaciones de las plantaciones de coca que, a pesar de la negación de los gobiernos colombiano y estadounidense, ha dejado a su paso la destrucción de otros cultivos y la afectación a la salud humana de decenas de familias campesinas en la frontera ecuatoriana.

La construcción del nuevo oleoducto también ha representado un problema para muchas familias locales, a quienes se les obligó a firmar autorizaciones o se les compró a precios risibles el paso por sus fincas que finalmente quedaron parcial o totalmente destruidas. Las empresas de guardianía privada, que han reclutado a personas fuertemente armadas, tiene convenios con la policía local para evitar cualquier eventualidad que amenace la tranquilidad de la empresa. Varios han sido los casos denunciados de campesinos ultrajados en nombre de esa tranquilidad.

Se habla también de una red primitiva de narcotráfico que opera en la zona. El secreto a voces da cuenta de la implicación de muchas familias e instituciones y las muertes selectivas, que empezaron a multiplicarse en la zona,

se explican por los «ajustes de cuentas», método utilizado en Colombia para resolver desacuerdos entre bandas de narcotraficantes.

Las pugnas políticas que especialmente durante el año 2002 se dieron al interior del Consejo Provincial, la Alcaldía, los consejeros, los concejales y la gobernación han provocado también una pérdida de legitimidad de la autoridad local.

La violencia

Hablar de violencia es hablar de un tema polémico y todavía incompleto. Dada su amplitud se ha elaborado una serie de teorías sobre su origen, sus formas o dimensiones. A pesar de que no está definido el concepto de violencia en psicología, existe la concepción de que la agresividad es potencial violencia, un instinto primario del organismo humano que se somete a cambios por efectos sociales.

Generalmente se expresa como violencia al uso abierto u oculto de la fuerza, con el fin de obtener del individuo o del grupo social, económico, político, cultural, familiar, nacional algo en lo que el sujeto o el grupo no quiere consentir libremente. La violencia es también brutalidad, fuerza, rudeza. A continuación mencionaremos algunos conceptos de violencia que nos parecen bastante concretos para el fin de nuestra investigación.

En términos generales, los diccionarios definen a la violencia como una opresión, física o moral, que ejerce el ser humano, individual o colectivamente sobre otro, vulnerando sus derechos fundamentales.

A esta primera aproximación se agrega que la violencia significa un umbral mínimo de sociabilidad, el cual una vez superado plantea la cuestión de la vigencia de la organización social como un tipo de sociedad. Como señalan Boudon y Bourricard, una sociedad que se reduce a la violencia se niega a sí misma y constituye en realidad una «no sociedad». Si la paz puede identificarse con la integración social, la violencia, su antónimo parece expresar la fuerte presencia de fenómenos de desintegración social.¹

La violencia es multiforme. Por lo general, se la asocia con el atentado a la integridad física de la persona, pero existe también la dimensión psicológica (presiones u amenazas) que pueden violentar tanto o más que las cau-

1. «El estado de la paz y la evolución de las violencias», *Conceptualización histórica*, publicado en <http://www.upaz.edu.uy/informe/contenido/12.htm>, consultado el 14 de noviembre de 2004.

sas físicas. «Reacción neurosicológica que se produce por la influencia del medio en que se vive (prof. Vidal Augusto Barradez).»²

Respecto a los orígenes de la violencia, algunos estudiosos opinan que se debe a la voluntad egoísta (no dejarse limitar por nada ni por nadie), a la injusticia, la desigualdad de la distribución de la riqueza o la marginación en el campo social, cultural, político, racial, etc. Muchas corrientes psicológicas han explicado que se trata de reacciones causadas por glándulas u hormonas de la ira que reaccionan a condicionamientos externos.

Puntos de vista similares sobre la violencia tienen diferentes lugares de partida: la educación, la vivienda, la salud, la cultura. Se ha estudiado también a las relaciones sociales de dominación y explotación como formas de violencias.

No se profundizará sobre la antropología de la violencia ni sobre los nuevos enfoques que sobre ella han realizado, bastará para entender este trabajo que cada cultura, generación o disciplina ha dejado un aporte hacia la construcción de un concepto que tampoco será el último.

TEORÍAS SOCIALES DE LA VIOLENCIA

Las teorías estrictamente sociales de la violencia, es decir, aquellas que no atribuyen la violencia a los genes o las hormonas, hablan de una violencia relacionada más bien con las estructuras de poder y dominio. Pero al hablar de estructura social, nos enfrentamos al problema de la relación entre la violencia individual y la social, entre estructura e individuo.

Wertham³ indica que es una violencia organizada, en la que ya existe una división del trabajo entre el que ordena y el que ejecuta. Para explicar esto, Wertham pone como ejemplo a los nazis, en el que la ideología juega un papel importante: no es la vida familiar de Hitler ni sus frustraciones y complejos los que explican el nazismo.

Es indudable que la violencia humana tiene que ver con el poder, el autoritarismo, la conciencia de dominio y subordinación. Pero hasta ahora nadie ha logrado una explicación definitiva de su clasificación y efectos en el ser humano. Sin embargo, si partimos de las estructuras de poder, podemos afirmar que el Estado irradia violencia que se extiende a todos los poros del sistema: la fábrica, la escuela, la familia. La violencia que se ejerce desde el Es-

2. «Definición de teorías de la violencia», publicado en <http://www.psicopedagogia.com/definicion/teorias%20de%20violencia>, consultado el 20 de diciembre de 2004.

3. Cfr. Fredric Wertham, *La señal de Caín*, México, Siglo XXI, 1971.

tado no es algo diferente del abuso de poder. Es el Estado quien impone las reglas del orden social y político.

Cuando no es el Estado directamente, la violencia también es ejercida por agentes de poder político o económico que, en determinado momento, podrían superar al poder estatal y garantizar de esta manera la impunidad en todos sus actos.

En este nivel de violencia, la represión se convierte en un oficio bien pagado, los centros de adiestramiento de los trabajadores represivos son convertidos en escuelas de crimen; las instituciones represivas son elevadas al rango de monumentos internacionales (CIA). Si bien el Estado ejerce monopolios de la violencia, ello no impide que surjan grupos, sectas y organizaciones criminales armadas, con tecnologías avanzadas, para practicar la violencia y el terrorismo, ejemplo de esto son también las sectas religiosas.

La violencia es inherente a una estructura social injusta, a un orden social basado en la explotación del trabajo por el capital, en la exclusión y marginación económica, social y cultural de vastos sectores de la sociedad. De hecho la violencia no se reduce únicamente a su manifestación más ostensible, a su forma represiva.⁴

Es la guerra de todos contra todos de la que habla Hobbes.⁵

La violencia social es un fenómeno muy complejo que tiene que ver con el mercado de trabajo, el modo de vida y las estructuras políticas. Existen cuerpos represivos que ejercen la violencia; los hombres son educados, adiestrados, acostumbrados en y para la violencia; ésta no es congénita ni es inherente a la sociedad, no tiene como causa la supuesta hormona de la ira ni es atávica. La violencia no es una creación de nuestras malas conciencias que justifica otras formas de violencia, sino que se enmarca en el contexto social.

Cuando la violencia se acrecienta y se generaliza, se producen respuestas contradictorias. En tanto promueve miedo e inseguridad se la banaliza defensivamente, se la «naturaliza»: «guerras hubo siempre», se afirma.

La cultura de la violencia hace del miedo una institución. A su vez, la incertidumbre y el miedo continuos tienen efecto de impensabilidad.⁶

4. «La violencia política», publicado en *La Haine, proyecto de desobediencia informativa*, http://www.lahaine.org/global/herramienta/violencia_politica.htm, consultado el 12 de marzo de 2002.
5. Cfr. Thomas Hobbes, *Leviatán*, capítulo XIII, publicado en http://www.inicia.es/de/diego_reina/moderna/dhume/leviathan_13.htm, consultado el 2 de marzo de 2001.
6. Diana Cantis Carlino, *Transformaciones en la cultura, violencia cotidiana y sicoanálisis*, publicado en <http://www.apdeba.org/publicaciones/2000/02/articulos/022000cantis.pdf>, consultado el 12 de noviembre de 2004.

Hay otro factor que desmiente a la biología como explicación de la violencia: es la imposibilidad de adoptar un modelo biológico, debido a que los factores de violencia descansan en las condiciones del antagonismo de la contradicción y no en las características biológicas de los sujetos que protagonizan a la violencia. Identificar a las personas violentas por sus características físicas es inaceptable, los individuos violentos no se distinguen por su fealdad o aspecto, tampoco por el mentón o la forma de sus orejas o el tamaño de su cabeza; muchos delincuentes y criminales tienen características físicas bastante aceptadas por la estética. Por otra parte, los hechos violentos y criminales varían de acuerdo al momento así, por ejemplo, en época de guerra, los asesinos no son delincuentes, son héroes.

Como hemos descrito, dejando de lado teorías importantes que tienen que ver con razones biológicas, físicas e incluso espirituales, podemos concluir, quedándonos todavía en el umbral que, entre instintos y creaciones sociales, hay espejismos ocultos que no se han agotado. Sin embargo y tomando como base más bien las teorías sociales, para esta investigación hablaremos específicamente de la tipología utilizada por el sociólogo Muñiz Sodré,⁷ quien habla más bien de diversas modalidades de la violencia.

La **violencia anómica**: deriva de una situación estructural de violencia y que se ve todos los días en las calles, y suele cuantificarse en estadísticas manejadas que dan cuenta del incremento de la criminalidad.

La **violencia representada**: la violencia del discurso, la que se hace visible a través de los diversos medios de comunicación.

La **violencia sociocultural**: que deriva del ejercicio del poder, la violencia «simbólica»:

La violencia simbólica es esa violencia que escamotea sumisiones que no son siquiera percibidas como tales, apoyándose sobre «expectativas colectivas», creencias socialmente inculcadas. Como la teoría de la magia, la teoría de la violencia simbólica se fundamenta sobre una teoría de la creencia o, mejor aún, sobre una teoría de la producción de la creencia, del trabajo de socialización necesario para producir agentes dotados de esquemas de percepción y de apreciación que les permitirán percibir las órdenes inscritas en una situación o discurso y de su obediencia.⁸

En otras palabras, la violencia simbólica puede hacer mucho más que la violencia político-policíaca, bajo ciertas condiciones y a un cierto precio (es una de las grandes debilidades de la tradición marxista de no haber dado lugar

7. Muñiz Sodré, «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, Quito, Norma, 2003.

8. Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 198.

a violencias suaves que son activas y efectivas, inclusive en el campo económico).⁹

La violencia sociopolítica: ejercida por los aparatos represivos del Estado, los abusos de poder de las fuerzas de seguridad, la ineptitud de los sistemas de justicia, la impunidad.

Cuando todas ellas se manifiestan en una sociedad, hablamos de un «estado de violencia» o «violencia social», una violencia que, reducida muchas veces a estadísticas criminales, se vuelve invisible y, sin embargo, es una condición continua, estructural.

Más claramente la violencia visible o anómica consiste en un desorden evidente en los llamados órdenes institucionales de toda sociedad. Según Muñiz Sodré, especialmente los países latinoamericanos sufren de un «estado de violencia» con circunstancias particulares, pero en cuyas estructuras caben todas las violencias y, dentro de ellas o, a consecuencia de ellas, a su sombra, permanece el miedo.

Su concepto se vuelve impreciso, ya no se distinguen claramente sus contornos y desaparecen los medios de sopesar el fenómeno. Cuando no se siente, no se sabe más, qué es la violencia exactamente, toma su lugar el odio –tan visible en la indiferencia predatoria de las élites como en la crueldad física de los actos de agresión anómicos.¹⁰

La circulación de la violencia, las palabras, los rumores, el miedo representado en personas o cosas cotidianas, vuelven a éste una epidemia que corroe las raíces mismas de la sociedad, rompe con una cotidianidad y, en su lugar, dispone de nuevos códigos que harán de las relaciones sociales, una convivencia en tensión permanente, en desconfianza, en inseguridad.

Según el informe de 2001 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), «Una condición básica de cualquier existencia social es la construcción de un entorno de certidumbres y seguridades compartidas que hagan posible la participación, la cooperación, la confianza mutua y el procesamiento de conflictos».¹¹

En las provincias de frontera, específicamente en Sucumbíos, la experiencia cotidiana está envuelta en un escenario de violencia anómica. Este tipo de violencia, como la describe Muñiz Sodré puede llamarse «estado de

9. Pierre Bourdieu, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995, p. 146.

10. Muñiz Sodré, «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, op. cit., p. 234.

11. PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 2001. Poner el adelanto tecnológico al servicio del desarrollo humano*, Nueva York, Mundi Prensa, 2001, p. 48.

violencia» y se refiere a «la ruptura, por la fuerza desordenada y explosiva del orden jurídico-social... el estado de violencia como marca estructural del modo de organización social».¹²

12. Muñiz Sodré, «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, *op. cit.*, p. 245.

Apuntes sobre el miedo

En esta parte haremos una síntesis de lo escrito por Bodei Remo en su libro *Geometría de las pasiones*,¹ en el que describe a los miedos como un sentimiento inestable que afecta directamente sobre el ánimo, la forma y la calidad de vida de las personas.

En efecto, ellas son incontrolables, impetuosas, destructivas, contagiosas, intratables y refractarias a toda intervención directa de la razón y de la voluntad, que chocan contra un adversario móvil y desconocido. Implican la duda (no metódica), la vacilación, la incertidumbre, la turbulencia negativa, el peligro o la espera de salvación ante un bien o un mal considerados como que se aproximan; en todo caso, la conciencia de encontrarse delante de potencias, hombres y acontecimientos inescrutables, más fuertes que la resistencia que se les pueda oponer. De esto se derivan, por un lado, la resignación y la parálisis de la voluntad; por el otro, en compensación antagónica, las más virulentas formas de fanatismo, de impermeabilidad a la crítica, de entusiasmo y de agitación.²

Según el mismo autor, la tradición antigua –Platón, Aristóteles y el estoicismo griego– consideraban al miedo aisladamente «como expectativa de un mal futuro o como uno de los cuatro afectos fundamentales, junto al placer, el dolor y el deseo»;³ donde el miedo está ligado al acercamiento de una cosa terrible y opuesto a la confianza o la seguridad.

Cuando los hombres no pueden afirmarse a sí mismos, a través de la alegría, exaltan debilidades, así:

Miedo y esperanza pueden de esta manera ser un mal menor, aceptable, en condiciones de debilidad del conatus individual y colectivo (en los cuales pueden desempeñar, por así decirlo, una función ortopédica de apoyo), pero se vuelven una jaula y una armadura constrictiva cuando el poder de existir del particular o de la sociedad en suma han aumentado.⁴

1. Remo Bodei, *Geometría de las pasiones*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1991.

2. *Ibidem*, p. 73.

3. *Ibidem*, p. 75.

4. *Ibidem*, p. 92.

El logro de la democracia será «... que los hombres asociados entre sí se vuelvan tan fuertes, estando juntos, que ya no sean obligados con el miedo y con la esperanza a renunciar a la propia autoconservación bien entendida. Exige por tanto que todos se desarrollen en potencia».⁵

Cada hombre es diverso según la combinación y la intensidad de las pasiones por las que es movido; la existencia en la sociedad de un orgánico aparato de coerción y de obediencia que la religión y la política han gradualmente elaborado y perfeccionado en el curso de milenios, utilizando las pasiones y la imaginación, la violencia y el miedo, la esperanza y las promesas, el espectro de una condición peor y el espejismo de una vida dichosa.⁶

Por otro lado, se habla también de la superstición como la explicación del estado de pasividad de las personas que se apoyan en la esperanza y el miedo. La superstición es una manera de conocimiento, acompañada de la pretensión de modificar eventos, con ayuda de la fuerza mágica del deseo o con la ayuda de potencias superiores.

Individuos y pueblos están, pues, naturalmente expuestos a la superstición, aunque en medida diversa, de acuerdo con su mayor o menor incapacidad de comprender y controlar adecuadamente los procesos reales, de detenerse o de salir de una esfera más o menos amplia de dominio de la imaginación en cuanto pasividad; el miedo, multiplicado por la superstición, es acusado de haber hecho perder la sensatez a muchos, de provocar efectos más deletéreos que los cataclismos... la superstición atrae el desorden político, fomentando el miedo y, con él, la maldad y la injusticia.⁷

Sobre el temor a la muerte, Bodei analiza que puede transformarse en un temor a la vida.

En un mundo natural y político caracterizado por la inestabilidad y por la destrucción que todo lo atraviesa, el desprecio de la muerte se vuelve la más grande de las virtudes.⁸

El miedo de la muerte es la única cosa que quita al hombre su dignidad y le impide apoyarse en la razón, desafiar la fortuna y el dolor, conquistar su gravitas y su heroica «verticalidad» trágica.⁹

5. *Ibidem*, p. 131.

6. *Ibidem*, pp. 137-138.

7. *Ibidem*, p. 150.

8. *Ibidem*, p. 211.

9. *Ibidem*, p. 211.

DIMENSIÓN POLÍTICA DEL MIEDO

Algunos autores han hablado de una apropiación autoritaria de los miedos, es decir, cuando el miedo de la población no es solamente protegido sino incentivado por grupos de poder interesados en mantener control sobre ella.

Estos grupos pueden o no ser parte del gobierno. Durante la época de las dictaduras en América Latina, los gobiernos de facto mantuvieron un régimen de terror que no solamente terminaba con sus adversarios políticos, sino que mantenía a la población en un estado de parálisis y sin capacidad de respuesta. «El propósito de la tortura es más bien el silencio, el silencio inducido por el miedo.»¹⁰

El miedo puede ser, al mismo tiempo, medio y fin, condición y resultado. El miedo creado por el poder deja de ser una reacción a algo específico, se convierte en el nexo de las relaciones entre las personas, y puede lograr cambios de reglas y leyes comunicacionales cotidianas.

Mientras exista el miedo, es posible que éste domine el cuerpo y la mente de las personas, los deje a merced de la incertidumbre y los vuelva seres pasivos, no libres para tomar sus propias decisiones o acciones.

Según Bodei, para abandonar el miedo y la esperanza, no ayuda simplemente abolir las pasiones con el solo decreto de la razón o de la voluntad, él cree en la concepción elevada de la política en relación con las virtudes cívicas.

Oponerse al miedo quiere decir, en términos políticos, rechazar el absolutismo y la razón de Estado; en términos religiosos, repudiar el precepto bíblico del temor *Domini, initium sapientiae*,¹¹ la razón de Iglesia; en términos filosóficos, abolir virtualmente la distinción pascaliana entre temor malo y temor bueno. Ni el Estado, ni la fe –ni mucho menos– la filosofía y la sabiduría deben apoyarse en el temor.¹²

Durante las dictaduras, el castigo impuesto a los contrarios al régimen autoritario debía ser mostrado al resto, para imponer una lección a todos. Por un lado era una demostración de poder y por otro un mecanismo de control. Según informes de organizaciones de la sociedad civil de Colombia, éste es

10. Marton Ruchma, física israelí, citada por Noam Chomsky en «La cultura del miedo», introducción de Javier Giraldo, *Colombia esta democracia genocida*, Barcelona, Editorial Cristianisme i Justicia, 1994.

11. *Domini, initium sapientiae*: Dios tiene miedo o puede tener miedo de los hombres.

12. Remo Bodei, *op. cit.*, p. 78.

un recurso cotidianamente utilizado por los grupos paramilitares, quienes generalmente colocan los cadáveres mutilados en el centro de las plazas o en otros lugares públicos.

El manejo de la información, los estados de sitio, la militarización, las amenazas directas o indirectas, los métodos de investigación, el toque de queda, etc., todos los recursos utilizados para «advertir» a la población, son tentáculos de miedo entregados a la gente para que ésta se apropie de un mismo sentimiento, de una misma verdad, de las mismas mordazas.

Las guerras «preventivas», que luego de la invasión a Irak, se volvieron licencias mundiales para matar, representan a gran escala la misma lógica de terror. La espiral de violencia que se ejerce a nivel mundial demuestra que el control político, gracias al miedo, es probablemente igual o más fuerte que en los tiempos de dictaduras.

MIEDO Y CONTROL SOCIAL

Unos meses antes, la Comisión de Justicia y Paz, presidida por el padre Giraldo, hacía público un informe documentando las atrocidades cometidas en el primer semestre de 1988, que incluían 3 000 asesinatos de carácter político y 273 campañas de «aniquilación social». El peaje humano era de 8 asesinatos políticos al día, de los cuales 7 personas eran asesinadas en sus propios hogares o en plena calle y una desaparecía.

A lo largo de todos estos años, las principales víctimas del terrorismo de Estado han sido, cómo no, los campesinos. En 1988 las organizaciones sociales de uno de sus departamentos sureños denunciaban una «campaña de aniquilación total y tierra quemada, al estilo Vietnam», llevada a cabo del modo más vil por las fuerzas del ejército, «aniquilando a hombres, mujeres, ancianos y niños. Hogares y cosechas eran arrasadas y los campesinos eran expulsados de sus propias tierras».

Cualquier sector o colectivo susceptible de verse indeseablemente influenciado. «Todo individuo que, de una u otra forma, comulgue con los objetivos del enemigo debe ser considerado un traidor y tratado como tal», según un manual militar colombiano.

(...)

Es vital imponer el silencio.¹³

Cualquier comunicación humana sana necesita de dialogantes que se interpelen sobre la base de una mínima confianza mutua. Esta confianza es el

13. Noam Chomsky, en «La cultura del miedo», introducción de Javier Giraldo, *Colombia esta democracia genocida*, op. cit.

fundamento de toda práctica comunicacional. La calidad de la comunicación, sus formas y modos, dependen de la atmósfera grupal, del contexto, del ambiente sociocultural. Hablaremos entonces sobre lo que sucede cuando el ambiente humano sustituye a la confianza por la desconfianza y cuando el sustrato de los dialogantes es la inseguridad y el nexo el miedo.

El miedo a nivel individual y colectivo disminuye la capacidad de control de uno mismo y provoca una vulnerabilidad psicológica y social. El miedo a la muerte propia o de los seres queridos, al caos o al desorden social permiten, en buena medida, mantener el dominio de una situación por parte de quienes la gobiernan, inclusive es la causa que facilita la impunidad.

De esta manera se generan ciudades desordenadas, infernales, con espacios vitales o territorios humanos restringidos, donde las personas tienden a comprimirse psicológicamente sobre sí mismas, y físicamente sobre las otras, en medio de la omnipresencia del conflicto, entre miseria y bonanza.

El miedo, como la ira, es de las emociones más primitivas e intensas. Mientras las comunidades en situaciones 'normales' mantienen entre sí relaciones sociales que tienen que ver con la convivencia, las sociedades de miedo se mueven por el instinto de supervivencia. El miedo a la posibilidad de ser contados el día de mañana en las estadísticas de la violencia y la total inseguridad vuelven enemigos a todos o al menos sospechosos.

Ésta es la realidad de la provincia de Sucumbíos, considerada una mina de oro negro para las compañías petroleras que han exprimido su suelo, sin dejar ningún beneficio visible para sus habitantes, y que ha permanecido abandonada desde hace décadas por los gobiernos de turno.

Una vivencia de amenaza permanente ha desorganizado completamente la vida cotidiana de las personas, en una realidad en la que los límites entre lo real y lo imaginario se pierden o al menos se diluyen.

Durante el año pasado, la compañía Oleoducto de Crudos Pesados (OCP) comenzó sus actividades de explotación, dejando a su paso estelas de abusos, represión y silencio en las familias campesinas, a quienes se les expropió sus tierras. Sumado a esto, el pueblo vecino, con quien han convivido y desarrollado relaciones comerciales e inclusive afectivas desde el principio de su historia, representa ahora una amenaza para ellos.

Basta quedarse unos días en Nueva Loja, capital de la provincia, basta llegar al mercado y conversar con los vendedores y las vendedoras o escuchar la palabra de los campesinos en las comunidades, para constatar que la lucha por sobrevivir y el miedo son, si no los únicos, los principales lazos de «articulación» de la gente.

El otro, el vecino, el turista, el hombre que vende en la tienda, todos han sido deconstruidos y vueltos a construir a imagen y semejanza del miedo.

Y bajo esos parámetros, el miedo es una forma de actuar, de concebir, de planificar la vida.

Algunos autores han hablado de una angustia cultural que acarrea la erosión de la sociedad, la desconfianza, la incertidumbre. Las pautas para la sobrevivencia no son racionalmente pensadas, son más instintivas. «Un padecimiento individual pero que puede convertirse narrativamente en categoría social», dice Miguel Wiñazki.¹⁴

El miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida. Como forma de respuesta, se trata del plano de lo individual; sin embargo, la sociedad es la que construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro, y genera modos de respuesta, según los diferentes períodos históricos.¹⁵

14. Miguel Wiñazki, *Ataque de pánico: crónica del miedo en Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1996, p. 13.

15. Rosana Reguillo, en Susana Rotker, edit., *Ciudadánías del miedo*, *op. cit.*, p. 189.

Circulación masiva del miedo

La violencia simbólica, de la que hablaba Bourdieu, es ejercida permanentemente en el manejo de la información que presenta una única manera de ver las cosas. La acción de la violencia simbólica es la que nos pretende convencer que éste es el camino posible de transitar y resulta ser la más fuerte herramienta de control social.

La atmósfera generalizada de «horror-show», en que el sufrimiento del otro y el miedo colectivo son producidos como espectáculo, irrumpe en los discursos moralistas, las prédicas a favor del retorno a la vieja moralidad, como instrumentos de la gestión burocrática (policial, estatal) de los riesgos. La apelación implícita a la protección de los que detentan el monopolio de la violencia legítima –o sea, el Estado con sus dispositivos armados– acaba permitiendo el desarrollo, en la vida real, de una ideología policíaca de vigilancia y seguridad públicas, donde van a desaguar algunas de las directivas de la vieja derecha política.¹

La información que se ha generado alrededor de las provincias de frontera, de Sucumbíos específicamente, da cuenta de una población en medio de un caos violento. La información multiplica el efecto de la violencia. Una información que no contiene investigación ni seguimiento, que simplemente da cuenta de hechos y no de personas.

1. Muñiz Sodré, «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Socio-cultura y Comunicación*, op. cit., p. 246.

LO QUE DICE LA PRENSA NACIONAL

(Síntesis de información: *El Comercio, Hoy, La Hora*, 2001-2002)

2001

En este año se intensifican los operativos de control por parte de los militares, en especial en las comunidades indígenas. Dirigentes indios denuncian abusos de autoridad y arbitrariedades cometidas por uniformados. La empresa OCP inicia persecución en contra de campesinos que se oponen a la construcción del oleoducto y los acusan de guerrilleros.

El 19 de enero la prensa informa sobre la localización de un laboratorio para el procesamiento de coca, con ayuda de campesinos. Un grupo paramilitar colombiano toma represalias en contra de la población de esa comunidad y los amenaza de muerte. Esto provoca el primer desplazamiento interno de aproximadamente 500 indígenas hacia Cascales. La iglesia intenta acoger a los desplazados, pero no tiene suficientes recursos.

El gobierno diseña con el ACNUR un plan de contingencia para refugiados, mientras las fuerzas armadas piden a las comunidades que no abandonen sus casas. Durante el paro armado decretado por las FARC, cientos de colombianos llegan a Sucumbíos.

Salen a luz pública los conflictos internos de las provincias de la frontera por la presencia de grupos armados, las propuestas para el sembrío de coca, los desplazamientos forzados y los secuestros de ecuatorianos.

El hallazgo del cadáver del técnico petrolero secuestrado el año pasado pone en alerta a las Fuerzas Armadas que inician controles nocturnos. Los indios denuncian persecución y abusos, afirman que son acosados por militares.

Las fumigaciones del lado colombiano causan estragos en la población ecuatoriana de frontera, se denuncia la pérdida de cultivos y enfermedades.

En octubre se denuncia un atentado en contra del prefecto Luis Bermeo, se atribuye el hecho a opositores políticos.

- En enero un helicóptero de la policía colombiana, que sobrevoló a baja altura la parroquia General Farfán (la Punta), lanzó hojas volantes que advertían a la población que se abstuviera de sembrar cultivos ilícitos. Uno de estos mensajes tenía el siguiente contenido: «Si continúa sembrando cultivos ilícitos, los seguiremos erradicando. Busque una alternativa de cultivo legal para sembrar. Se prohíbe la siembra de marihuana, coca y amapola. Ley 30 de 1986. Policía Nacional».
- «Llegaron 300 militares. El Ejército mató a 8 personas. Algunos eran paramilitares que cuidaban el laboratorio. Entre ellos falleció el patrón

llamado Efrén, un colombiano que era el dueño de la hacienda. Los familiares de él nos amenazaron con matarnos y van a enviar paramilitares de Colombia», afirmó un indígena kichwa de la comuna de Sumak Pampa.

- Por esta causa, 40 indígenas kichwas, 21 niños y 19 adultos, abandonaron sus tierras y huyeron a la selva, permaneciendo 3 días en las montañas, hasta que llegaron a la comuna Kuri Yacu y, posteriormente, a la población de El Dorado de Cascales. El 2 de febrero la Federación de Organizaciones Kichwas de Sucumbíos (FOKISE) les brindó temporalmente un albergue hasta que las autoridades gubernamentales intervinieran.
- Juan Noteno, dirigente de la comuna kichwa Shiguango Tarupa, declaró que un grupo armado colombiano les dio 24 horas para abandonar sus tierras, «si no querían morir bajo fuego y llamas». Esta nueva amenaza provocó el desplazamiento de 60 familias indígenas kichwas que llegaron el lunes 5 de febrero a la población de El Dorado de Cascales. Estos indígenas provenían de las comunas kichwas Shiguango Tarupa y Kuri Yacu, y de la comuna shuar Santa Carolina. Los desplazados necesitaban urgente atención médica, alimentos, vestimenta y albergues, durante esta crisis.
- Se anunció el hallazgo del cadáver del técnico petrolero norteamericano Ron Sanders, secuestrado el 12 de octubre del año pasado. El cadáver tenía varios disparos con arma de fuego y fue encontrado tapado con una sábana blanca con la leyenda: «Soy gringo, por no pago de secuestro, compañía HP Pompeya DG». El hallazgo se efectuó el miércoles 31 de enero, a las 08h00, en la vía alterna de la cooperativa El Cóndor, comunidad de San Pedro, a unos 20 km al noroccidente de Nueva Loja.
- El canal de televisión Gamavisión denunció el martes 12 de febrero la existencia de supuestas fosas comunes en el sur de Colombia, en la zona conocida como Bajo Putumayo, fronteriza con Ecuador. Según la televisión, los cadáveres estaban enterrados a menos de un metro de profundidad y en excavaciones ante las cámaras se descubrieron «cuerpos mutilados que previamente fueron cortados con motosierra».
- Se denunció que los hermanos Jorge (23 años) y Nelson Andi (20 años), provenientes de la comuna kichwa Sumak Pampa, desaparecieron desde el 10 de febrero cuando fueron sacados del albergue provisional de la Federación de Organizaciones Kichwas de Sucumbíos (FOKISE), por dos presuntos miembros de Inteligencia Militar. Los hermanos Andi supuestamente habrían sido llevados por los militares para localizar otro laboratorio de procesamiento de cocaína.

2002

Aumenta la violencia en Sucumbíos, según medios de prensa, en los cuatro primeros meses se han registrado 65 asesinatos y de ellos no se ha presentado una sola acusación particular. Se comenta la presencia de sicarios colombianos en Lago Agrio.

Se realizan atentados en contra de retenes policiales y militares, las Fuerzas Armadas dicen desconocer de qué grupo armado se trata, sin embargo, afirman la presencia de paramilitares y guerrilleros en territorio ecuatoriano.

A raíz del anuncio en un periódico norteamericano del uso del hongo *Fusarium Oxysporum* en territorio ecuatoriano, se debate una posible guerra biológica. A pesar de que las autoridades niegan que se haya utilizado este hongo, las fumigaciones con glifosato han causado graves daños en la salud humana y pérdidas económicas debido a la destrucción de cultivos.

- Las solicitudes de refugio se incrementan en un 50%, no se tienen datos exactos sobre las personas que no se han registrado en la cancillería.
- El coronel Jaime Castillo afirma que en Cascales operan varios grupos armados y acusa a una comunidad de haber estado involucrada en el secuestro de los técnicos petroleros. Las comunidades de Cascales denuncian que son objeto de amenazas e intimidaciones por parte de grupos armados y por militares ecuatorianos.
- Al menos 14 helicópteros de las Fuerzas Armadas colombianas violaron el espacio aéreo ecuatoriano, denunció el gobernador de Sucumbíos.
- Según Juan Soria, dirigente indígena de la OPIAC, Organización de Pueblos Indígenas de la Amazonía Colombiana, los grupos indígenas de Colombia y Ecuador viven la violencia de manera cotidiana. Denunció que más de 5 000 niños son reclutados por algún grupo armado.
- La noche del 31 de agosto, el destacamento ubicado en General Farfán fue baleado por individuos desconocidos.
- El jefe del Comando Conjunto Oscar Isch aseguró que en la frontera ecuatoriana operan cerca de 3 000 guerrilleros y paramilitares colombianos.
- Más de un centenar de familias campesinas de la parroquia Pacayacu han denunciado que están afectadas por las fumigaciones colombianas. Según sus dirigentes, aparte de las pérdidas económicas por el daño de

sus cosechas, se han dado afecciones en la salud, especialmente en los niños.

- Las solicitudes de refugio presentadas por ciudadanos colombianos en Ecuador se han incrementado en un 50%, en la provincia de Sucumbíos.
- «La Embajada de Estados Unidos en Quito recomienda a los viajeros abstenerse de viajar al noreste del Ecuador, especialmente a las provincias de Sucumbíos, Orellana y Carchi... debido a la presencia del crimen organizado, el narcotráfico y grupos armados.» Documento de información turística de la Embajada estadounidense.
- En agosto, fuentes militares que prefirieron el anonimato denunciaron el arribo a Sucumbíos de un avión Búfalo (estadounidense), con aproximadamente 200 soldados.
- La Unidad de Desarrollo Norte (UDENOR) anunció que tiene previsto invertir el próximo año 60 millones de dólares en programas para las poblaciones fronterizas.
- El coronel Jaime Castillo, comandante del Batallón de Selva No. 56, descartó posibles desplazamientos en el cantón Cascales, especialmente en la comuna Tarupa Shiguango, como anunciaran los indígenas. «Es cierto que a esa zona llegan grupos armados que actúan al margen de la ley en el otro lado, pero no hay desplazamientos por el momento», dijo Castillo.
- El coronel Castillo explicó que un gran sector de la gente indígena de esta zona mantiene relaciones ilegales con sujetos que actúan fuera de la ley y eso provoca que haya desacuerdos y represalias. «No hay que olvidar que un sector de indígenas ubicados en esa zona estuvieron involucrados en el secuestro de Pompeya.» A pesar de los continuos hostigamientos a las poblaciones indígenas, el informe final de las investigaciones exculparon a los indios de participar en el secuestro.
- Lorenzo Andi, dirigente indígena que había denunciado los desplazamientos y las amenazas, dijo que existe alto nivel de riesgo en la zona por la presencia de grupos armados, que muchos de sus compañeros están amenazados de muerte y por eso no pueden decir nada.

LO QUE DICE LA IGLESIA

«Lo nuestro no es estar haciendo la noticia, lo nuestro es volver esa noticia como un compromiso estable para hacer lo poco que se puede hacer.»²

A pesar de la realidad misma, la Iglesia de San Miguel de Sucumbíos (ISAMIS) mantiene el mismo optimismo con el que comenzó a trabajar hace más de 25 años. En medio de las malas noticias, que son reales, dice su Obispo, ellos celebran la vida «porque cada vida es un milagro».

La situación de los campesinos es precaria, las autoridades no han sabido responder a esa situación, se tortura a los detenidos, se amenaza; pero también hay nuevas formas de comunicarse que no han terminado del todo con lo eminentemente humano de la gente. La gente ríe, se enamora, sufre y también piensa en nuevas maneras de sobrevivir.

Entrevista a monseñor Gonzalo López

(Obispo de Sucumbíos, junio de 2003
iglesia de San Miguel de Sucumbíos)

Yo creo que quizás se dé inseguridad, la inseguridad acompañada de violencia, indudablemente, genera miedo. Creo que al país en este momento lo acompaña la inseguridad. Esa inseguridad que proviene de situaciones muy determinantes que vive el propio país y que son suficientemente comentadas y conocidas, que tienen que ver sobre todo con el tema económico que es un condicionante tan decisivo que tiene al país un poco, como quien dice, «cogido por hilos» y que no resuelve el problema, o sea que el Estado no ha respondido a la pobreza de la gente.

Después, está el tema de la violencia que genera esta situación, yo creo que hay muchísima gente que ha dicho: «Yo voy a defender mi vida», sea buscando un nuevo lugar, sea en una organización alternativa, y van en pos de la salud y la vida.

En Sucumbíos no es extraño este fenómeno; observo que es por momentos especialmente intensivo, y es que tengo la impresión de que las bandas del delito se están paseando por el país y tienen tiempo para estar en un sitio y desaparecer y pasar a otro, pero eso, estos fenómenos de la inseguridad y la violencia están llegando a todo punto del país y que tienen su base, me parece, en la inseguridad económica y en una relativización y pérdida de valores solidarios y éticos, etcétera.

2. Monseñor Gonzalo López, entrevista personal, junio 2003.

Esto no abarca todo el problema y en una parte de la frontera hay un fenómeno propio, generado por la situación de la presencia de los paramilitares, de la guerrilla, de la guerra ya establecida en el gobierno colombiano y del narcotráfico, o sea que, hay un condimento ahí buenísimo. Creo que es compartido más o menos por todos los que estamos en la frontera y en la frontera no es tampoco todo igual; hay lugares calientes en esto y también hay tiempos, no es como para decir: ¡Caramba!, es una especie de terremoto permanente. Esto tiene sus especiales momentos, sus ocasiones. Hay un momento en el cual, en la parte de los Tetetes, se siente eso de forma mucho más intensa, otro rato descansan en los Tetetes y aparecen en la Punta y en otro momento aparece la cosa por lugares insospechados como puede ser la vía a Sumbíos.

El tema de los asaltos a vehículos también genera inseguridad, el hecho de que a uno le roban, en cualquier momento, le quitan la camioneta o le asesinan.

Yo tengo la impresión de que la violencia depende no solo de situaciones locales, sino de una estrategia establecida e inteligente por parte de los grupos del conflicto; no están siempre en una especie de tensión, sino que pegan una y se esfuman, dando tiempo para que aparezcan los operativos, estos famosos que no son preventivos, sino más bien de consecuencia y de hecho, y frecuentemente no muy eficaces.

De parte del gobierno es totalmente evidente que el incremento y dotación de la policía ha sido realmente notable, si tú vas ahora a Lago Agrio, ahí verás que están preparando unas instalaciones a las salidas hacia Colombia, instalaciones de recursos grandes, y ha colaborado, de hecho, la embajadora de Estados Unidos, ella ha estado en la inauguración, a mí me pidieron que vaya a bendecir aquello, pero no les di gusto.

Qué pasa cuando, por ejemplo, en un momento dado se excita la situación, como muy recientemente ha pasado en los Tetetes, pues es entre un juego y actos de terror, se combina todo ahí; por qué digo un juego, porque la gente entre que quiere y no quiere librarse de esas cosas, de hecho permanecen metidos en Colombia y cuando ven que les dan duro se pasan a los Tetetes que están ahí; la gente le gusta mucho expresar sus dudas, sus temores, pero no toma decisiones mayormente definitivas hacia el problema. Entiendes lo que te quiero decir, les pasa el susto como quien dice: «Oye pues ha llegado el terremoto, vamos a ver si pasa y volvemos a la casita de antes», se meten en lo mismo, debido a la confusión, a la situación económica, no tienen la menor gana de cambiar, de contribuir a un cambio social fuerte. Me parece como que prefieren vivir un poquito en el susto, como al que le gusta las películas de Drácula: que siente miedo pero, al mismo tiempo, no puede evitar meterse ahí; pero ya te digo que eso no es uniforme.

La semana pasada estaba en la 10 de Agosto, donde cogieron a los 10 u 11 gringos que fueron capturados en el Coca y les dejaron esos letreros; allí la gente estaba angustiada por su futuro, por sus hijos.

Entonces cuál sería, si cabe decir, cierta diferencia o diferencias que se han generado, que tienen importancia y no son tan valoradas porque no tienen muchas expectativas, lo que ha nacido se sostiene y se sostiene, así no sea muy brillante, un trabajo de sociedad, con futuro es a un nivel más bien bajo y sostenible y no es tanto el operativo militar o el ruido social.

Por ejemplo, la importancia que ha tenido la asamblea de la sociedad civil en Sucumbíos es una cosa como para tomar nota, no me lo invento, lo veo. Desde que está la asamblea de la sociedad civil, se han generado algunas actitudes nuevas en la población, no totalmente nuevas evidentemente, pero con cierto detalle sobresaliente, entonces, en los tiempos peores que hemos vivido, y han sido muchos realmente, esta es la primera vez que se ha logrado que se inaugure el puente internacional, un puente que está hecho hace muchos años, y lo inauguran Noboa y Pastrana, graciosamente en el puro puente, porque no pueden irse allá a inaugurar nada; pero se inauguró en el momento más extraño.

Como de lo trágico, de lo tenebroso la gente habla mucho; yo te hablo de esto porque si no ni te enteras, pero es que es verdad y lo puedes constatar; ayer venía con otro padre y me decía que han hecho una visita los de la parroquia del centro a los otros sectores, que en todos los sectores tienen proyectos sociales y que inclusive la gente había dicho y parecía que estaban entendiendo que el tema de la seguridad tienen que tomar las comunidades y no tanto la policía. Son unas actitudes que a mí me parecen altamente positivas, dentro de una situación en que la dureza económica es especialmente crítica como lo sabe muy bien el Ecuador.

Si me preguntas sobre asuntos militares, policías, ahí yo me comería un poco la lengua, porque yo creo que eso queda en buena parte en pura perinola.

Lo que toca concretamente al tema de los refugiados es una situación horrorosa; creo que tú conoces que nosotros como iglesia fuimos requeridos por el gobierno y por ACNUR a asumir el reto de contraparte de esto y eso tiene importancia, no lo dijimos así no más, porque condicionamos nuestra colaboración. Había el pronóstico que ahí teníamos todo un mundo de confusión, de que iban a llegar a Sucumbíos unas 50 mil personas de refugiados, eso temían hace 3 años; pienso en su profecía, cuál ha sido la realidad de lo que yo tengo aquí y de lo que hemos podido conocer, de lo que ha tenido noticias precisas de ISAMIS Y ACNUR. Mira qué realidad, en el año 2000 fueron 2 300 personas registradas, en el 2001 fueron 311, en el 2002 fueron 1 792, en el 2003 hasta mayo, fíjate ahora, 1 361 personas, más o menos, pa-

recería que este año van a aumentar los desplazados, estamos en mayo y tenemos 1 361 personas; total de las 50 mil que han podido ser conectadas y registradas tenemos 5 765; aquí hay alguna cosa que hacer para interpretar, no todo el que pasa tiene interés que lo controle ACNUR, no todo el que pasa se queda en Sucumbíos, evidentemente aquí estamos hablando de las cifras que han podido ser oficialmente registradas. Una nota negativa que hay detrás de estas cifras es la inmensa incapacidad del Estado para dar un estatuto jurídico de seguridad a estas alturas.

Tan largos, tan elocuentes y tan fervorosos para reclamar justicia para los que se van a Europa, y tan cortos y enanos para abrir el corazón a los hermanos colombianos, esto es lamentable y un tremendo error de educación popular. Aquí mira lo que tenemos, ahí hay que levantar cielo y tierra que no me parece mal, o sea, la dignidad humana, y aquí los colombianos son delincuentes, ladrones, esa actitud farisaica del país no le hace ningún bien, es trabajar a lo miserable, por eso yo ahí pego lo que puedo, porque no somos capaces de entender la situación de los colombianos que llegan.

Bueno, como dije que iba a hablar de cosas positivas, yo he tratado un poco así, porque de miedos, de miedos patológicos y verdaderos, de eso te van a saturar, pero de verdades y de esperanza igual no te dan ni puño.

En cierta medida, como consecuencia de eso, establecimos una Pastoral y elaboramos un programa, el programa de ISAMIS, que tiene dos puntos: denuncia del Plan Colombia, que es un plan de guerra y muerte y esto nos aterrorizó muchas veces; otro punto es la atención humanitaria a las víctimas y el apoyo decidido a los planes de desarrollo de la provincia; hemos pensado que si no desarrollamos un diferente nivel humano, no estamos ayudando; hay cosas que no se pueden eludir, eso es ayudar a la gente.

La desconfianza no nos permite hablar, el no saber qué interlocutor tenemos, pero pasado un tiempo empiezan a soltar; fíjate nosotros tenemos una pareja, una familia de refugiados en la casa de Aguarico, que recién está comenzando a hablar de su situación real, después de un año de trabajo y recién ahora empiezan a hablar.

Entonces, se logra la confianza de la gente que encierra sus secretos y que, aunque sea humildemente, saben que van a ser ayudados. Otra cosa que te voy a decir es que, en general, los que están siendo ayudados son pobres, no todo el que viene de allá es pobre, los pobres son los que se quedan aquí y los que desaparecen o se meten al interior del país o se regresan o cambian de mundo aunque sea.

En primer lugar el pueblo decía: «nosotros con tantas necesidades y ahora recibiendo colombianos, de ninguna manera». Entonces la iglesia tuvo que decir: «ustedes dirán de ninguna manera, nosotros diremos sí les vamos a recibir»; pero si hacemos caso al gobernador, a la gente, a los gritos, nadie es-

tuviera echando una mano a los colombianos y sería una masa que llega prejuiciada por la sociedad y el gobierno.

En Cuenca hay un graffiti, que dice, hablando de la migración ecuatoriana, «El último que se vaya que apague la luz», eso marca un humor oscuro, malo y la poca gana de levantar al país, y «Nos vamos todos y que venga Atahualpa», ese es otro graffiti en Cuenca.

Ante eso, nosotros qué hemos hecho como iglesia, tenemos que mantener la luz encendida, pero no ser los focos deslumbrantes, solo esfuercecitos que no son buenos por ser muy grandes, son buenos porque se sostienen, no son flor de un día, ya llevamos 3 años y son cosas y tareas que van adelante, no se dejan. A mí me parece que ese es el aporte que nosotros podemos dar, ese tipo de misión.

Llegaron los alborotos, los medios de comunicación, sacaron la noticia y hasta que venga la próxima; lo nuestro no es estar haciendo la noticia, lo nuestro es volver esa noticia un compromiso estable para hacer lo poco que se puede hacer. Yo les he dicho en relaciones exteriores cuando nos llamaron que sí vamos a ayudar como iglesia a los refugiados, que sí, con ustedes, sin ustedes o contra ustedes. Lo nuestro es una actitud que será quizás no tan milagrosa, pero eso es dar, y esa actitud va creando un poco de conciencia en el pueblo de Sucumbíos, en la gente pobre sobre todo.

Hay algo en los que llegan, ellos no viven con ese sentido fúnebre como podemos pensar, ellos llevan la cosa con mucha dignidad, eso es lo mejor que tenemos. Pero no todo es igual, no todo es homogéneo y curiosamente después de todo el tema de asesinatos y demás aparece como predominante un sentido selectivo que también ha entrado en la onda del mito; pero sí quiero decirte que en Lago Agrio, a mí parecer, existen personas, familias e iniciativas de lo que yo puedo ver totalmente limpias y dignas de todo.

Testimonios y relatos

Digo lo que miré en el primer día del milenio tercero de nuestra era. Vi una puerta abierta y entré a la ciudad... y sí era distinta desde luego, más populosa, columpiándose en el abismo, y video clips que exhortaban a las parejas a la bendición demográfica de la esterilidad. Y había signos de plagas, muerte, llanto y hambre. Y había más protestas y territorios liberados y territorios ocupados, más hartazgo, más resignación. Y vi de reojo a la bestia con sus siete cabezas y diez cuernos. Y la gente le aplaudía y le tomaba fotos y videos, y grababa sus declaraciones exclusivas, mientras con claridad que habría de tornarse borrosa, llegaba a mí el conocimiento postrero: la pesadilla más atroz es la que nos excluye definitivamente.¹

RELATO SUCUMBÍOS

No sabía dónde comenzar, por teléfono unas semanas antes había hecho contacto con alguien de la iglesia para que me dé albergue durante un par de meses, pero no sabía cómo llegar a ella. Con la grabadora prendida y una libreta pequeñita de notas, empecé a caminar por la avenida Quito, calle principal de Lago Agrio, y a primera vista lucía como cualquier otra calle de una provincia pequeña. Más tarde me percaté que los negocios estaban bastante provistos de mercadería y que los precios se habían duplicado desde mi anterior visita.

Pregunté a una vendedora de ropa y me dijo que la mercadería venía de Colombia que, a pesar de que la dolarización les trajo problemas al principio, ahora estaban un poco mejor, al menos los comerciantes, porque los agricultores, ellos sí están cada vez más pobres. Me dijo que va y viene mucha gente colombiana pero que la ropa era buena, «no usada ni de contrabando».

Mientras conversábamos, un afroecuatoriano nos oía y me sonreía de lado. Cuando la señora entró al almacén me acerqué al caballero y le pregun-

1. Carlos Monsiváis, *Aires de familia: cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

té el porqué de su sonrisa. Me dijo que si buscaba algo especial, que cualquier «cosita» él podía conseguir, que los extranjeros siempre vienen en busca de algo... «Usted no es de acá, mire verá, por ejemplo, esta moto, vea, le vendo baratísimo y es de las buenas porque si quiere de las otras también le puedo conseguir. O sea, de las que pasan del otro lado, de esas hay hasta a 100 dólares, pero el problema son los papeles, eso sí, yo no le podría vender con papeles, usted mismo puede conseguir, si quiere yo le ayudo».

Después de convencerle que no quería la moto, le pregunté qué más me podía conseguir y me contestó que lo que yo pidiese. «No vaya a creer que yo ando en malas cosas, pero usted sabe cómo uno se gana la vida, y eso que yo no le gano casi nada, los otros hasta el doble le van a pedir.» Le pregunté dónde podía encontrarlo si se me ofrecía cualquier «cosita» y me dijo que siempre andaba por ahí, que él me encontraría a mí.

Llego al albergue, es una construcción grande pero vacía, ahí estuvieron de paso algunos colombianos pero ya se fueron, la monjita encargada me cuenta que ya casi no llegan nuevos y si es que llegan no se quedan. Dice que el problema es que se sentían inseguros. Quedan dos familias y tres niños en el albergue.

El único hombre adulto —la otra familia no tiene padre, me cuenta la encargada, murió en un enfrentamiento entre guerrilla y ejército— cuenta que unos hombres armados les habían amenazado de muerte si no se iban y que salió de su casa con lo que traía puesto. Dice que espera conseguir un trabajo en Quito, que tiene unos amigos ahí; que no se quiere quedar porque es peligroso. No quiere hablar más ni me permite acercarme a sus hijos.

La noche está bastante despejada, en la avenida ya no transitan carros (a excepción de los carros policiales), la gente se ha congregado en las cinco entradas de las calles aledañas a la avenida Quito. Son cultos evangélicos que se celebran en la calle, están esperando el favor de Dios para construir un templo, mientras tanto utilizan las calles. Son más de cien en cada ceremonia, hay personas de todos los sexos y todas las edades. Alzan las manos, se arrodillan, cantan. Por ahí se escucha un grito y la gente aplaude: «Es la bienvenida al espíritu», dicen.

Yo asisto acá a la iglesia cristiana porque se conoce gente buena que solo quieren alabar al Señor. Con todo lo que estamos pasando, a los hijos hay que enseñarles la moral y esas cosas. Yo antes era católica, pero aquí es como que uno está más cerca de Dios. Algunos dicen que esos curitas son comunistas, o sea los católicos que son comunistas, yo no sé. Dicen que son ellos los que andan con la guerrilla y que meten a todos y que luego por eso les matan, pero no sé, así dice alguna gente, yo no he visto nada.

Yo creo que lo que pasa es que la gente está muy alejada del Señor y por eso pasan tantas desgracias, por eso yo vengo acá con toda mi familia. Al prin-

cipio yo no creía, mi señora me convenció de venir, antes yo era borracho, a mí me gustaba el trago y ya no atendía en mi casa, ahora ya no.

A mí lo que me gusta de esta Iglesia es que, con tanta maldad que se oye, con toda la violencia, la droga, la delincuencia, sabemos que solo Dios nos puede dar la fuerza.

No, nosotros no tenemos más reuniones ni nada, con alguna familia para estudiar la Palabra pero nada más. A veces le invitamos al Pastor para que nos ayude con problemas de la familia, o sea los hijos que a veces se portan mal... él nos dice lo que tenemos que hacer, qué tenemos que hablar con los hijos.

Para serle franco, a mí sí me dijeron: «Más vale que te cambies de religión o te han de fichar», y uno que no anda en nada, más vale por la familia, pero sí, a mi esposa le gusta.

Empiezo a abrirme paso entre los aplausos y percibo miradas extrañas. Viene un hombre a darme un papel, lo abro, con letra desigual dice: Deuteronomio 22:5, Ezequiel 3:26, guardo el papel y escucho un grito: «Sal de nosotros Satanás, te vamos a ganar». Cuando me aparto del grupo, otro hombre se acerca, pregunta de dónde soy, y si estoy allí como turista, le digo que sí.

Entro a algo parecido a un bar, no hay mucha gente, me acompaña una trabajadora de ISAMIS, el mesero me dice que muchos jóvenes van a la disco, que la disco tiene vidrios antibalas y va bastante militar, también hay de todo pero es más seguro.

Don Clímico tendrá 60 años, bebe cerveza con un amigo mientras espera a los demás, que de dónde soy –pregunta–, que si trabajo con los otros gringos.

Aquí las cosas como usted ve, o sea uno no debe meterse con nadie, y pasa tranquilo, uno se mete a su trabajo, a sus cosas y no pasa nada. Cuando oímos eso de la gente del otro lado, o sea se escucha a veces lo que cuentan, yo les digo que mejor no digan nada... porque uno no sabe qué es lo que puede pasar ni quiénes son; hay gente rara que viene, lo mejor es no meterse... de noche se oyen disparos, antes salíamos a la ventana o hasta a la calle a ver qué pasaba, ahora ya nadie dice nada. Al otro día uno se entera, pero casi siempre son colombianos o gente que anda con ellos. Nadie le va a decir nada, eso que usted me pregunta de los muertos, todo eso, aquí nadie sabe nada.

Aquí es mejor ni enterrar a los muertos, vaya usted y pregunte, aparecen nomás los muertos, pero nadie les reclama, ¡claro!, han de creer que uno es de los mismos, y verá que no es así, yo conocí a un hombre bueno, trabajador; a él le mataron al hermano y nada debía ni él tampoco y ahí en la Punta, ¿conoce la Punta?, ahí le habían metido bala, yo creo que por error porque, ya le digo, era un hombre dedicado a la familia. Cuando supimos de su muerte, el hermano no quiso ni hacer el reconocimiento, dijo que los policías le han de fichar a él también, así que ahí le dejó. Qué será pues... en la morgue, después les enterrarán, qué harán, no se sabe.

Pasan cuatro camionetas con policías y se detienen frente a nosotros, bajan haciendo un estruendo, como anunciándose. Los uniformados se hacen señas con las manos: «Todos de pie, todos con la identificación en la mano». Pregunto para qué están haciendo eso; «rutina», me dicen. Veo a un muchacho que trata de ocultarse en la barra. Vienen hacia mí dos enormes uniformados: «¿De dónde viene, cuántos días se va a quedar, estudiante de qué cosa?». Revisan mis papeles, otro de los policías discute con un par de borrachitos y se los lleva afuera. Salen todos, el bar se queda en silencio y don Clímaco también desaparece.

Le pregunto al taxista si sabe qué pasó con sus compañeros, la prensa contaba de varios taxistas amenazados o asesinados, el último decían que se había suicidado y que llevaba gasolina blanca (elemento necesario para el procesamiento de la coca). Me mira por el retrovisor y se muerde las mandíbulas. «Yo de eso no sé nada», dice y sigue conduciendo en silencio.

Llego a la habitación y busco los pasajes bíblicos que me entregó el hombre en el culto evangélico de la calle: Deuteronomio 22:5 dice: «No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer, porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace». Ezequiel 3:26 dice: «Y haré que se te pegue tu lengua a tu paladar, y estarás mudo, y no serás a ellos varón que reprende; porque son casa rebelde».

Cerca de la farmacia hay un bar que está cerrando, son las 7 de la mañana. Escucho comentar del velorio de un hombre y enciendo la grabadora: «Ése sí andaba pues, con el otro, ese negro, pero la monjita ¡qué!, eso ya no se perdona, éstos son el diablo». Bajan la voz, se alejan un poco mientras colocan las sillas una encima de la otra, escucho decir que habían mutilado alguna parte de su cuerpo, «la lengua».

Voy a la Comisaría a pedir alguna información sobre los muertos de la noche anterior, hay siete durante el día pero de la noche no tienen registro. La mayoría colombianos, sin nombre, sin familia. Muertos que son llevados a la morgue hasta que alguien pregunte por ellos, pero casi nadie pregunta. Uno de los encargados me cuenta que una vez un grupo de armados entró a la morgue a sacar a su compañero, «pero luego se fueron nomás, no dispararon a nadie». No saben de qué grupo, no saben nada más, si quiero puedo llevarme el total de las estadísticas, al menos dos por día, ellos no saben más.

Visito una zona en las afueras de la ciudad de donde la Comisión Ecu-ménica de Derechos Humanos (CEDHU) había recibido denuncias de afec-ciones a la salud luego de las fumigaciones de coca que se realizan en el lado colombiano.

Luego de tres buses y media hora caminando, llego a un espacio reseco de tierra, rodeado por algunas casitas de madera cubiertas de plástico, también hay casas de cemento, pero son tres o cuatro. Sale un hombre de

edad mediana, me pregunta si soy de la prensa porque la prensa ha estado allí. Salen unos 15 niños y 4 mujeres, una de ellas carga en sus brazos una criatura diminuta, flaquísima, sin un solo cabello. Me mira con rencor y hace el ademán de entregármela. Tomo a la niña, sus huesitos saltan al tacto y, a la vista, pesará 5 libras a lo mucho. Dice el padre que tiene 8 meses y que no emite ningún sonido ni llora ni come. No hay médicos, no hay medicinas, no saben qué hacer. Tampoco saben si será por las fumigaciones. Han muerto unos niños en otra comunidad, lo que sí saben es que niños y viejos están enfermando de la piel y que nadie hace nada. Cuando les pregunto sobre las visitas que han tenido, sobre presencia militar o de algún grupo armado, callan. «Si quiere puede tomarle fotos a la niña, dicen, pero nos tiene que dejar algo.»

En la comunidad cercana me encuentro con un viejito bastante más amable que los demás, dice que puede hablar conmigo porque él ya no tiene nada qué perder, que él morirá como todos en la zona, enfermo o de un disparo, pero como ya le falta poco, no le importa.

Claro que ha afectado en las cosechas, en todo mismo, yo perdí todito el café. Es como una lluvia; yo les digo a mis nietos que cuando sientan esa lluvia que se queden adentro porque dicen que otras personas se han enfermado. De aquí sí se ven los aviones que pasan aquí cerquita y todito nos llega, ya le digo como una lluvia y tiene un sonido. Mis hijos ya conocen, entran y dicen que ya llegaron los aviones. Ese es el Plan Colombia, es un plan de los gringos, pero nosotros qué tenemos que ver con eso, que les cojan a ellos, a nosotros por qué nos van a afectar.

Durante algunos días recorro lugares donde la gente ha enfermado luego de las fumigaciones, en todos los lugares veo los mismos paisajes, escucho las mismas palabras. Me piden ayuda.

Me entero que algunas personas han llegado a Lago Agrio para denunciar a la empresa OCP, por haber pasado a través de sus fincas. Llega la gente y siguen llegando, dicen que un abogado se ofreció a ayudarles a cambio de un 10% de la indemnización que les tiene que dar la empresa, y que les habían sugerido que denuncien lo que les pasa en la oficina de Derechos Humanos de la Iglesia.

Según afirman los campesinos, la policía ha llegado de casa en casa para amenazarlos, a un señor incluso le dijeron que desarme su casa porque es propiedad del Estado y en la noche balearon la fachada. Otro de ellos cuenta que le dijeron que, si no permite que el tubo del oleoducto pase por su finca, pasará por su barriga.

Don Leonardo es un hombre de 65 años, pequeñito, moreno, con rasgos indígenas. Tiene las manos endurecidas por el trabajo en la tierra. Quiere

denunciar lo que le han hecho, pero no encuentra a nadie. Me dice que ya le contó a un señor que es abogado y que les puede defender a los campesinos, pero que no pasa nada. Que ya ha firmado papeles, que le dijeron que vaya al Defensor del Pueblo, pero finalmente nadie le responde. El brazo derecho que utilizaba con el azadón para cortar la caña está dislocado, lo tiene doblado y amarrado al cuello con un pañuelo sucio. Dice que en el hospital ya no quieren atenderle, que le dicen que ya se ha de sanar con el tiempo. Pero don Leonardo ya no siente su brazo, está cada vez más amoratado. Le pido un certificado del médico que le atendió en el hospital y regresa dos horas después a contarme que no le quisieron dar ningún certificado, que el médico negó todo y que la enfermera le dijo que no quiere meterse en problemas y que él mejor se vaya a su casa.

Voy al hospital, pregunto por el médico, hay un revuelo en la sala de espera. Me piden identificación, me preguntan por qué estoy ahí, para quién trabajo. Cuarenta minutos más tarde aparece una señora gorda vestida de blanco y me dice que el médico no está, que viajó a Quito, que no saben cuándo volverá. Le cuento el caso, le recuerdo que es un derecho legítimo de cualquier enfermo del hospital solicitar su historia clínica y un deber de la institución extenderle los certificados que se requieran. La enfermera me mira primero con furia, después con paciencia. «No le podemos ayudar», dice, y se va.

El caso es que, en uno de los desalojos realizados por la compañía OCP, don Leonardo se paró frente a la cerca de su finca para impedir que la maquinaria pasara, los policías que habían acompañado al personal de la empresa petrolera le pegaron y patearon en el brazo cuando cayó al piso. Ya no puede trabajar, tampoco tiene su finca completa, porque la maquinaria entró y dejó a su paso lodazales enormes. Dice que ya no tiene qué perder, pero quisiera que alguien haga algo, alguien a quien pueda decirle lo que le pasó.

Me toma de la mano con su brazo «bueno» y llora, «usted, señorita, usted que vive allá en la capital, donde vive Dios, dígale, dígale que pare la vitrola, que se olvide de dar la cuerda, qué bueno fuera». Se va caminando despacio, lo sigue sin ninguna discreción una camioneta blanca y azul, el señor de la tienda me dice en voz baja que son los empleados de seguridad de la empresa OCP.

Hay otro caso: golpearon a varios campesinos cuando la policía entró a otra finca, pero una mujer reclama porque le pegaron a su hija que es «mudita»: «Ellita no sabe de nada, justo a la mudita le pegaron, y sangra la mudita, está sangrando, qué le doy, adónde le llevo, nada les importa, a nadie le importa nada».

Un misionero se apiada de mí, es un sacerdote franciscano que me ofrece Fluoxetina.² «A mí también me pasa», dice, refiriéndose a mis lágrimas.

Con la ayuda de la Oficina de Derechos Humanos de ISAMIS, conformamos un grupo focal con 8 personas, dirigentes campesinos y una mujer que representa a las mujeres negras; me piden no encender la grabadora. Sobre los militares opinan que no saben qué papel juegan allí, que hay cada vez más, pero que no hacen nada. Afirman que algunos juegan voley con gente del otro lado, que creen que son de la guerrilla. Que se enteraron que el gobierno les dio mucho dinero para atrapar guerrilleros, pero que no se les enfrentan, que por eso entran a las comunidades campesinas y ahí dicen que cogen a los guerrilleros.

Uno de los presentes dice que, hace un par de días, se intentó secuestrar al dueño de uno de los mejores hoteles de Lago Agrio y que él les reconoció, hasta les señaló porque se paseaban en una camioneta por el centro, pero la policía ni tomó los datos, no hizo nada; otro opina que son ellos mismos, otro dice que seguro reciben dinero y por eso no les persiguen. La conclusión: «Ya no hay en quién confiar».

«Se empezó a sentir la inseguridad cuando se dio el aviso de que era peligroso caminar por las noches», dice la mujer; habla de los sectores que son más peligrosos, de los silencios de la gente que no denuncia porque tiene miedo de alguna represalia. El resto opina que tampoco existe una institución adónde pueda ir la gente a denunciar lo que pasa, que ellos han organizado grupos de trabajo y que así con la organización ha sido más fácil sobrellevar la violencia.

Cuando les pregunto a quién le tienen más miedo, titubean; «a los delincuentes», dice uno; «a los militares», dice otro; «a la policía», opina un tercero. Terminan por darse cuenta de que todos pueden ser peligrosos, si es que no se los conoce, no solo los colombianos, todos.

Camino despacio hasta el albergue, cuento en la calle por lo menos veinte letreros que dicen «SE VENDE».

Es que la gente ya no quiere quedarse aquí, ya ve tanta violencia, tanto problema, la gente quiere mejor irse, cada vez se va más gente, a veces ni logra vender nada pero se va porque no soporta tanta cosa, me dice el portero de Radio Sucumbíos, yo también me fuera, si tuviera a dónde.

Viajo más de una semana recorriendo los lugares por donde ha pasado el tubo del oleoducto, constato la destrucción de algunas fincas, grandes po-

2. Pastilla antidepresiva.

zas de lodo en lugares donde había agua. Escucho decenas de testimonios parecidos a los que ya había oído en la oficina de Derechos Humanos.

Son más de las ocho de la mañana, camino por la avenida principal y veo a un pordiosero anciano que arrastra un carrito de madera en el que viaja un gato flaquísimo. El anciano recoge las botellas de licor y vierte el contenido de las sobras en un vaso de plástico, luego bebe y le da de beber al animalito.

Suenan voces masculinas y pasos al mismo compás. Una cuadrilla de conscriptos se acerca trotando, el hombre que va al frente grita: «Somos los paracaidistas», sus compañeros responden: «Somos paracaidistas. No tenemos miedo a nada», respuesta: «No tenemos miedo a nada».

La gente los mira con indiferencia, casi con desdago. Le pregunto a la mesera —que también es la dueña de la cafetería—, si la gente no se lleva bien con los militares. Me pregunta que de dónde soy, qué hago allí y luego, con una mueca, dice que los militares no hacen nada por ellos, que cada vez vienen más y no hacen nada. «No, la policía tampoco, ellos andan en otras cosas», no sabe qué cosas, pero sabe que andan en «otras cosas».

Tomo el camino hacia la Punta, antes le pido al taxista que pase por el puente San Miguel. No hay un solo policía ni un militar, entramos a Colombia, compro una botella de aguardiente y volvemos a salir, sin que nadie me dirija la palabra. Le pregunto por qué no hay ningún control, dice que nunca hay nada, solo cuando vienen autoridades: «Cuando vino el ministro Moeller, si usted hubiera visto, esto estaba llenito de militares, pero después ya no hay nada. Más allacito hay un retén militar, pero ya ve, entran y salen los buses, hay veces que le paran y se arregla nomás para pasar».

Llego a la Punta, allí el ambiente está enrarecido, me bajo del taxi y comienzo a caminar, siento la «compañía» de dos sujetos con las camisas fuera del pantalón; (ya alguien me advirtió que grupos armados acostumbran vestirse de civiles y se dejan las camisas fuera para ocultar el arma). Me detengo en un puesto de discos compactos y uno de los tipos camina y se queda a mi lado, el otro permanece a unos metros de distancia. Pregunto por un cantante cualquiera, el tipo me mira, le pregunto si se le ofrece algo. «No, dice, y a usted?, ¿no le han dicho que esto está peligroso, no quiere que le acompañe a que coja un carro y se regrese?»

Ya en la ciudad me entero de un tiroteo, diez minutos antes, en la Punta. Dicen que dos colombianos acribillaron a un joven y que era ajuste de cuentas, el jovencito era ecuatoriano pero, según dicen, andaba en negocios «chuecos» con gente del otro lado. Nadie da más detalles y, un minuto más tarde, empiezan a planear el fútbol para el fin de semana.

En el hospital, a enfermera me cuenta que hay muchos casos de enfermedades de la piel, que varias personas llegan con síntomas de intoxicación

por pesticidas, pero que no tienen ninguna prueba científica de que sea por las fumigaciones; me cuenta que la vida es cada vez más difícil y que está pidiendo el traspaso a otra provincia. El padre tiene la mirada cansada y me mira con mucha desconfianza, solo cuando hablamos de la crisis económica se anima a opinar.

En estos dos últimos años se ha presentado una crisis bastante fuerte porque entramos en la dolarización y vemos que la dolarización ha permitido que todos los productos que llegan acá a nuestro pueblo lleguen con el precio alterado. Cuando teníamos el sucre comprábamos cosas que nos costaban quinientos sucres, ahora no podemos comprar con menos de diez centavos que son dos mil quinientos sucres y parece que no es nada.

El cambio es marcado respecto a los años anteriores, fundamentalmente se nota el año pasado con la llegada de los refugiados, con lo que la gente aquí empieza a sentir inquietud.

Alguna gente se ha ido porque los colombianos han llegado; con relación al año anterior, la comunidad era mucho más activa que hoy. Existe un cierto miedo por lo que pueda acontecer en cualquier momento producto del Plan Colombia, porque cerca de aquí existen enfrentamientos de guerrilleros con paramilitares y ejército colombiano.

Generalmente en horas de la noche, como doce en adelante, se escuchan tiroteos y riñas; la ciudadanía tiene miedo y empeoró con la presencia de los colombianos que no se sabe si son personas buenas o malas.

Un grupo de hombres con las camisas hacia fuera entran al restaurante y se sientan junto a nuestra mesa. El hombre que está en la caja hace un gesto y el padre dice que es tarde, que se van, que algún otro rato podremos seguir conversando: «¿Hasta cuándo se queda usted aquí?, bueno entonces otro día para que vaya a la casa». Se van.

Luego de algunos días de espera, me recibe en su casa un sacerdote español que reside ya varios años en Sucumbíos. Tiene la mirada limpia y la sonrisa más franca que he visto en ningún otro ser humano.

Me cuenta sobre su trabajo en las comunidades, me explica que la situación económica de los campesinos es cada día peor, que más importante y urgente que estudios y diagnósticos, lo humano sería dar a los campesinos alguna posibilidad de vivir dignamente.

Dice que hay mucho temor en las comunidades, especialmente luego del secuestro de los petroleros, que los militares no han dejado de acosarlos, aunque ellos saben que entre los campesinos no hay guerrilleros. La guerrilla ha pasado por allí desde que él tiene memoria y nunca hubo problemas con ellos. En ciertos lugares, ante la ausencia del Estado, es la guerrilla quien ha ocupado su lugar para impartir justicia. Han utilizado métodos terribles para

«limpiar la delincuencia», pero la gente estaba satisfecha con eso y no se involucraban con ellos, les tenían agradecimiento.

A partir de la intensificación del conflicto en Colombia, me cuenta, han entrado otros grupos; la gente no sabe ni de qué grupo son, y llegan y pasan y luego pasan los militares y hay problemas.

Dice que entiende los gravísimos problemas que viven, pero que su misión, más allá de ayudar en la parte espiritual, es celebrar la vida con ellos, porque al final de cuentas siempre es un milagro vivir y ese milagro es para celebrar.

Y, ahora que me lo dices, pues sí, es todo tan grave. Yo diría que es necesario, sí, tomar medidas de precaución, aunque si algo llegase a pasar, no sé. Lo que yo veo es que la gente necesita saber que no está sola, tal vez vosotros podríais ayudar en eso. Nosotros estamos con ellos, nosotros creemos que cada vida es especial.

Nos invita a mis compañeros y a mí a comer tilapias recién pescadas, sonrío todo el tiempo, dice que en la gente de las comunidades se siente el amor y la solidaridad, que pueden hacer una fiesta de un día tenebroso y «en ellos, dice, en ellos hay que creer».

Salgo un poco renovada de ánimos, el hombre es sincero y consecuente, hace lo que puede y lo que cree, sin embargo... cuán lejos está la celebración a la vida de cada palabra que escucho en la gente, de cada mirada. De una sociedad que teme y no espera nada, excepto morir de muerte natural.

Visito un grupo de mujeres, ellas tienen una organización dirigida por la iglesia. Dicen que hay muchas denuncias sobre maltrato intrafamiliar, pero que no son ni la mitad de las que verdaderamente ocurren, que las mujeres no denuncian por miedo. Dicen que los hombres están más agresivos que antes y que toman más licor que antes. Que muchas mujeres se alejaron de la organización y ahora acuden a los cultos evangélicos.

Había trabajado ya algunos talleres de formación con este grupo, el trato ahora es diferente. Ellas hablan con soltura y aparentemente no me ocultan mucha información, solo me piden que no haga públicos sus nombres y que maneje con cuidado la información que grabo en la cinta.

Uno podría pensar que ahora es menos, con tanta cosa que se ha dicho, pero no. Tenemos casos de niñas violadas por sus padres, niños abandonados, mujeres que van de aquí derecho al hospital, y eso que ha de haber otras que ni nos enteramos, a veces por algún comentario sabemos, pero no hacen la de-

nuncia. Aquí hay muchas mujeres que son jefes de familia y los jóvenes que pueden enseguida se van para otro lado.

«Se nota una mayor agresividad dentro de la familia, parecería que los hombres ahora son peores que antes», estoy de acuerdo con ella.

Hay muchas personas que están vinculadas allá especialmente a los trabajos agrícolas en las plantaciones de coca, mucha gente que se va a trabajar a Colombia como aquí les llaman «de raspachines». Es la única forma que encuentran de sobrevivir, todo es bien difícil para ellos. Pero cuando allá hay problemas, como el paro armado que hubo el año pasado, los nuestros, o sea los ecuatorianos que van, no pueden ir y ahí sí hay problemas, aumenta la delincuencia y todo eso.

Se nota también cómo ha aumentado la cantidad de militares y policías y ahora con los guardias de seguridad de la empresa OCP que andan hasta más armados que la misma policía. Todo el tiempo están yendo y viniendo, y están construyendo más cuarteles.

Lo que antes normalmente había uno o dos oficiales, pues ahora tenemos siete u ocho y si antes había poco personal de tropa, pues ahora ya estamos por los cuatrocientos y posiblemente suba a mil miembros y así van aumentando pero lo que es a la población eso no ha ayudado en nada.

La presencia de los militares tiene, como le digo, dos posiciones: la una es que ellos nos dan mayor seguridad, la otra es que con la presencia de ellos se corre el riesgo de que los enfrentamientos se puedan dar aquí en el pueblo, pero la mayoría de la gente no sabe qué mismo hacen, porque aquí todo está peor. Incluso sabemos que ha habido amenazas en comunidades indígenas y que les han pegado y les han torturado. A nosotros más nos da miedo que nada.

No es posible que nos bajen de los carros a las cinco, seis de la mañana, a la hora que se les ocurre empiezan a manosearnos... porque eso es lo que está pasando... no es que nos chequean, no es que nos revisan, sino que nos manosean.

Les pregunto si saben algo de una monjita o misionera que fue asesinada unos días antes, se miran asustadas. «¿Usted cómo supo?, ¿quién le dijo?» Les explico que no sé gran cosa, que había escuchado comentar; pero la relación cordial y de camaradería cambió en ese instante. Me piden que apague la grabadora y me ofrecen buscarme al día siguiente para conversar conmigo para ver si algo puedo hacer, me citan a las nueve de la mañana del siguiente día y damos por terminada nuestra reunión.

Paso por la tienda que queda junto al albergue, saludo con don José que me vende cigarrillos y me dice, en voz baja y sin despegar sus ojos de la alacena que limpia:

Tendrá cuidado señorita, unos hombres vinieron al mediodía a preguntar quién era usted y si yo sabía en qué trabaja y hasta cuándo se queda. Yo les di-

je que no sabía nada, que le había visto con gente de la iglesia, pero que no sabía nada. Vinieron en una camioneta blanca.

Me dice que nunca antes los había visto, que tienen corte cadete y son fornidos, que se quedaron un buen rato observando el albergue y luego preguntaron a qué hora llegaba yo. Me asegura que me va a avisar si vuelven y que procuraría anotar el número de placa de la camioneta y algún rasgo físico que nos pudiera servir para identificarlos.

Durante la noche me despierta el ruido de disparos y gritos, me levanto, pero la misionera me advierte que no me acerque a la ventana, que eso sucede casi todos los días, que me tranquilice. Que son grupos de pandillas o alguna pelea en los bares cercanos. La balacera dura unos treinta minutos y luego queda el silencio y la noche; volvemos a dormir.

Las mujeres no llegan a la hora acordada, por el teléfono me explican que han decidido no hacer pública la denuncia, me piden que prometa guardar silencio, que es por su seguridad y por la mía.

Pasan varios días antes de que decida volver a salir y continuar con mi trabajo, ha llovido mucho, tengo miedo. Trato de explicar lo que siento y parece fácil de decir, temo a la muerte, no a la muerte de otros sino a la posibilidad de mi propia muerte. Temo también al sufrimiento y en esta ciudad hay mucho sufrimiento.

Al salir, el dueño de la tienda me cuenta que otros hombres han llegado y han preguntado por mí. Dice que él estaba merendando, así que no pudo verlos, que su esposa los atendió y que como era de noche no los reconoció, pero que cree que son militares. Preguntaron por mí, la señora dijo que no sabía nada y se fueron.

Viajo una hora hasta llegar a una comunidad Shuar, me acompaña el Pato, presidente de la Fundación Regional de Asesoría en Derechos Humanos (INREDH). El olor a tierra mojada me llega como el único símbolo de paz, se acercan tres hombres y nos invitan a pasar, el médico que me acompaña me cuenta que la comunidad tiene problemas de salud, especialmente los niños, que él hace lo que puede pero que no tiene las posibilidades reales de ayudarlos. Me entrega las copias de la denuncia presentada sobre el acoso a las comunidades, a partir del secuestro de los técnicos petroleros.

Se reúnen alrededor de una mesa redonda de madera, solo los hombres, las mujeres traen cuencos de barro repletos de chicha. Me cuentan, mientras lo hacen, uno que otro llora.

Fue un día domingo, al amanecer lunes 5 de marzo... era entre las 3 de la madrugada, estábamos bien dormidos ahí cuando golpearon, se levantó ella –señala a la mujer más joven que sirve la chicha–. Entonces ella preguntaba

quiénes eran, de ahí no decían nada, con más golpes, o sea golpeaban más duro y no decían el nombre, nada, y ella dice quiénes son y por qué no contesta para poderles abrir la puerta. No dijeron, con más fuerza golpearon la puerta, casi destaparon la puerta y no quería abrir mi esposa. Dijeron: «si es que no abren aquí les vamos a echar la ráfaga, ya vamos a disparar», decían. Ya de miedo, mi mujer tuvo que abrir la puerta. El rato que abrieron la puerta en seguida entraron cinco personas, pero justamente como estaba oscuro no le pudimos localizar quiénes eran, como eran camuflados y no pudimos localizar como era de noche, tapados con capucha... de ahí mi hija y todos mis nietos que pasan aquí se despertaron con esa bulla...

¿Quiénes son?, preguntaba, le contestan diciendo: ¿Cuántos viven aquí? Y mi hija dijo que está viviendo ahí con su papá, entonces, ¿dónde está? En seguida vinieron a mi cuarto, de ahí yo tuve que levantar así alzado el brazo y de ahí en seguida me cogieron los militares, me hicieron arrodillar... ya una vez que me hicieron arrodillar me pusieron el fusil acá y atrás, me amarraron así en el cuello, en seguida me sacaron, así descalzo me sacaron, me fueron llevando hasta el camino grande y de ahí como no podía andar tuve que mandar a pedir las botas para poder andar. Les encuentro en el camino que había filones de militares pero como estaba oscuro no les vi, ya cuando estábamos caminando, ahí vi que venían montón de gentes, los militares.

Nosotros somos unos agricultores aquí donde nosotros trabajamos para el país, para todo el mundo que está en las oficinas. Más bien los uniformados tienen que respaldarnos o como ellos dicen: «Nosotros somos los sobreguardas de ustedes o, como se dice, guardianes, somos la seguridad»; pero al contrario son más bien un tormento. A ver, los que nos ofenden son los mismos nuestros, la gente nuestra, la gente que se llama de seguridad de nosotros, pero no son eso.

Sí, aquí en el cantón... aquí militares llevan una colita a mis niños que pasan en la plataforma. Ahora yo no estoy ahí, yo estoy cuidando unas herramientas. Van, les dan cola, les dan almuerzo, a fin de conseguir información de cómo uno vive, qué hace.

Quien les habla y otro compañero en la casa donde nosotros vivimos... yo le llamo casa, pero son nuestras chocitas de paja y ahí vivimos comúnmente los campesinos... y ¿qué dicen?, ¿dicen que tengo evidencia!, hasta que último tuve que ir a los medios de comunicación asentados aquí en la provincia a denunciar lo que estaba ocurriendo... De ahí vinieron ¡qué fácil!, y me apuntaron con el dedo, los militares: «Usted se ha metido... verá lo que le va a pasar», dijeron.

Según los clamores de campesinos mismo hablamos, por ejemplo, hay un grupo subversivo que pasa por acá. La cobardía digo yo, cobardía porque para mí nuestros uniformados no buscan enfrentarse con la guerrilla, sino que buscan al pueblo inocente que no tiene con qué defenderse. Así muchas personas pueden mentir, no una vez, varias veces, por defenderse, por miedo.

Van a sacar información... eso toda una vida a lo mejor nosotros no lo vamos a soportar. De pronto, Dios no quiera, el sector campesino, el pueblo se

va a levantar en armas como el vecino país... eso, yo como padre de familia, no quisiera con mis hijos ni para nadie, pero a lo mejor hay una duda de eso porque uno se siente mal, señores aquí viniendo al campo, que vengan siendo ecuatorianos porque las Fuerzas Armadas están para respaldar a nosotros, pero no de esa forma.

Porque muchas veces nosotros como no tenemos un conocimiento preciso, no sabemos si es que hay gente de la guerrilla, paramilitares, sicarios que están dentro de esa gente o contra de esa gente o en las reuniones también están participando o han entrado a muchas casas.

Yo quiero contar que hubo una noche en que fue la balacera lo que se hizo... o sea, las luces, que después nos informaron que habían sido luces de bengala, eso enfocaba a nosotros adentro de nuestras casas, lo que venía esa luz con los aviones y las bombas caían, disparos y nosotros dijimos ahí en nuestra casa y la familia, hasta aquí nomás fue de nosotros... porque ya se hizo realidad, porque nos tenían asustados los comentarios de que los guerrilleros estaban acá y que los paramilitares han dicho que como el gobierno no corre a los guerrilleros de Ecuador, nosotros también nos vamos a meter nomás. Eso se nos vino a la mente. Pero Dios con su poder nos puede salvar, los vecinos se unieron en nuestra casa, la gente gritaba del miedo, los niños lloraban.

Durante el camino de regreso, el médico me cuenta que existe mucho miedo en todas las comunidades de frontera, que últimamente siente que hay una transformación en su ambiente que antes era pacífico, que hay desconianza. Me dice también que inteligencia militar ha infiltrado agentes indígenas en las comunidades y que han ofrecido dinero a los dirigentes.

Niños y niñas, entre los 6 y 12 años de edad, juegan a que amarran y llevan a un hombre amarrado con sogas, y les pregunto a qué están jugando. Después de observar un buen rato, un misionero me cuenta que están jugando al secuestro, «están repitiendo la escena de lo que le llevaron a don Segundo los militares una madrugada».

En Santa Rosa llegaron como 200 militares y, de pronto, la escuela estaba rodeada de militares mientras los niños estaban jugando en el recreo... éstas son incursiones regulares.

Hoy por hoy existe todo servicio privado de guardianía de la empresa petrolera, con presencia de hombres armados que hace un mes tampoco había. Todos los sitios de control hoy tienen armas, antes no había. Hoy hay gran cantidad de armas, con fusiles, con lanzagranadas, con todo.

Vuelvo al albergue, el Pato se regresa a Quito, en el abrazo de despedida, tengo ganas de pedirle que se quede. Estoy cansada pero camino rápido, toda la gente parece mirarme, o por lo menos –lo constato– yo sí miro a toda la gente. Entiendo esa sensación tan inexplicable que había presentado en las

palabras, en las miradas, en las desconfianzas, siempre, en espacios públicos y privados; me doy cuenta que desde hace no sé cuántas semanas ya había empezado a respirar como ellos, a mirar como ellos, a desconfiar como ellos.

Suena el teléfono celular, una voz masculina y áspera dice mi nombre, luego dice que no quieren problemas conmigo; (realmente su expresión fue «con ustedes», supongo que se refería a las personas que trabajaban junto a mí en organismos de derechos humanos), que me vaya por donde vine.

Al día siguiente hice exactamente lo que me dijeron. Regresé.

LENGUAJES Y METALENGUAJES DEL MIEDO

Luego de 64 días en la zona de Sucumbíos, entiendo que el miedo tiene más códigos que palabras y que esos códigos son los que finalmente dan las pautas de sobrevivencia en una ciudad que ha aprendido –no resignado– a convivir con el miedo.

Los testimonios narrados, a manera de diario de campo, solo son legibles desde las miradas que los contaron, desde las inflexiones de voz, –el grito que se vuelve susurro ante la presencia de cualquier extraño, aunque ese extraño resulte tan familiar que se ha catalogado ya su nivel de peligrosidad–. Antes de empezar a hablar, es necesario que cerremos las puertas, que miremos a través de las ventanas, que apaguemos la grabadora, entonces sí, podemos hablar, pero no podemos decir todo. Se dirá lo suficiente o, en el peor de los casos, se dirá lo que el curioso quiere escuchar.

A primera vista, la ciudad sigue siendo la que fue, silencio y disimulo harán develar únicamente el cotidiano de hombres y mujeres que, como en todo el país, bregan el día por llevar algo decente para comer a su casa, beben cerveza con los amigos, se enamoran, se dejan, vuelven, se van. Pero al ir un poco más adentro, al delectar la ciudad, resulta que es una cosa diferente incluso de lo que oculta ser.

Los proyectos de vida no pueden hacerse a largo plazo, porque el miedo a la muerte finalmente produce que las líneas de fuerza entre el bien y el mal sean más difusas que concretas, y no queda espacio para la ternura ni para la compasión ni para la esperanza; la fatalidad ocurre y está ahí. (Y no niego las palabras del padre Juanito, sé que también está el amor, tal vez como el otro extremo de una reacción posible desde la luz de sus palabras).

Probablemente por eso, en el contexto del miedo, lo espiritual se vuelve que con fuerza hacia las sectas en cuyas ceremonias se utilizan descargas emocionales masivas, que difunden su propia versión sobre la violencia, cul-

pabilizando a las víctimas y pidiendo su redención en el cielo. Los mensajes de salvación individual podrían resultar esperanzadores.

Puesto que la superstición añade el miedo al error, el núcleo de verdad encerrado en ella es representado por la efectiva inseguridad de la vida y por el esfuerzo de comprenderla y transformarla según sus leyes que obedecen a una especie de necesidad fantástica por lo cual aquella que es causal adquiere un significado recóndito por descifrar.³

A pesar de la irrupción de otras sectas, la iglesia de la Misión Carmelita sigue llena, y es el único lugar donde los muertos tienen nombres y apellidos, el único espacio donde se nombra a esos muertos como recordando a la gente que la muerte no es ajena ni es castigo, es la muerte de todos.

Pero el miedo es contagioso, se extiende a lo largo y ancho de la ciudad, aunque su encarnación no esté definida, a ratos tiene una cara, un uniforme o una nacionalidad, pero casi siempre se disfraza con el rostro de un vecino, de un turista, de un «otro», de ese otro que cotidianamente se convierte en una amenaza porque nadie ha probado lo contrario. Porque se suman otras inseguridades, otros miedos. Porque la muerte finalmente puede venir también si es el hambre, si es el desempleo, si a alguien se le ocurre que se debe morir.

Es posible hablar de una nueva ciudadanía, una ciudadanía basada en el miedo, donde confluyen más de un discurso y más de un símbolo. En sociedades mutiladas por la angustia queda el silencio como la única protección, la única garantía de vida. Donde se debe pretender que, si se ve, se oye y se calla, nada pasará, entonces se podrá vivir con tranquilidad. Es mejor no preguntar quién murió y menos por qué, todos lo saben, nadie lo dice.

La ciudad ha sido cercada por una multiplicidad de violencias, semejantes al «estado de violencia» del que habla Muñiz Sodré.⁴ Se trata de varios actores entre quienes resulta peligroso establecer vínculos.

Por un lado, la violencia institucional de un Estado que promete seguridad y militariza la ciudad. La visión de la presencia militar en la gente es difusa y, en general, las versiones se contradicen: no hacen nada, reprimen o tienen lazos con otros grupos armados. Lo cierto es que están allí y el ambiente de una ciudad militarizada únicamente denota la atadura a la que están sometidos sus habitantes.

3. Remo Bodei, *Geometría de las pasiones*, op. cit., pp. 151-152.

4. Cfr. Muñiz Sodré, «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, op. cit.

La policía tampoco representa un referente de seguridad, la mayoría de la gente percibe corrupción y abusos de poder, no es posible denunciar nada a la policía. Los guardias de seguridad están fuertemente armados y, en los operativos de seguridad de la compañía OCP, han actuado junto a la policía.

Los grupos armados del otro lado de la frontera solo inspiran desconfianza, se rompieron o se están rompiendo los lazos que antes la población tenía con la guerrilla, por considerar que ahora se volvieron peligrosos.

La violencia es controlada por varios sectores de poder que pueden o no pertenecer al Estado; así como la división entre el bien y el mal se vuelve frágil, la separación entre buenos y malos desaparece. Existen también casos de ostentación de la violencia, no basta con matar, hay que cercenar un miembro, si ese miembro es la lengua, la lección es bien aprendida.

Poco a poco el tejido social sufre procesos de mitosis que lo reduce a la familia, al grupo de la iglesia, a los tres o cuatro amigos de quienes se sabe lo suficiente para no dudar; con quienes se puede hablar, todavía.

En Cascales dos comunidades enteras se desplazaron, ante las amenazas de un grupo paramilitar que no perdonó la denuncia de los indios de un laboratorio de droga; los paramilitares llegaron a la comunidad a matar, les obligaron a irse. Se fueron sin dejar huella, abandonaron su tierra, sus animales, su cosecha, su futuro. Tenían miedo.

Conclusiones

La historia del ser humano ha sido la historia de sus miedos: al infierno eterno, a la inquisición, al castigo, a la muerte, a los jinetes del Apocalipsis. El fantasma del miedo y la antítesis de la esperanza.

Llegamos a inicios de siglo sin muchas certezas, excepto creer que el nuevo desorden mundial se dirige a la creación de un solo poder que globaliza el miedo así como la desigualdad y la resignación.

Por esto, es preciso considerar la hipótesis de que tal vez ya no tenga el mismo vigor el concepto clásico de violencia, por su vinculación a una Historia determinada y a la descarga pulsional sobre objetos históricos. Podemos estar ingresando en la era de la manifestación generalizada de un sentimiento inquietante de odio, sin Historia y sin objeto específicos, excepto la propia condición humana, para la cual ya se desvanece la valoración ética.¹

En nuestro momento de la historia, llamada «época del desencanto» por algunos escritores, que dejó atrás el momento explosivo de la modernidad, es importante mencionar que si bien el concepto de violencia no ha variado en su esencia, éste se manifiesta de varias maneras; cuando la división entre buenos y malos cambió profundamente, las categorías y valores hacen lo propio en un mundo donde nos han hecho pensar que casi todo es permitido excepto nadar contra corriente.

La cultura posmoderna, caracterizada por una dominación política y económica estadounidense de dimensiones mundiales, procura que el espectáculo de la violencia acorte las distancias entre los conceptos antes antagónicos y nos haga partícipes de la nueva cultura donde la fotocopia (copias hasta el infinito incluso entre los seres humanos con la clonación), la inteligencia artificial y sus soportes técnicos harán que el pensamiento poco a poco se disperse hasta desaparecer.

1. Muñiz Sodré, «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Socio-cultura y Comunicación, op. cit.*, p. 178.

Esta sociedad de la proliferación de lo que sigue creciendo sin oportunidad de ser medido o detenido, del poder del mercado y la economía liberada de ideologías y ciencias, ha sido entregada a la especulación pura; el valor de uso va desapareciendo y la producción de tanta cantidad de mensajes es imposible de asimilar, pues son infinitos.

El mercado no tiene reglas, sin aquella mano invisible, el mercado como el alfa y la omega sin control. El mercado sobre lo humano y sus reglas para controlarlo todo. El primer y tercer mundo sobreviven, la deuda circular de un país a otro, va de un banco a otro, vendiéndose, comprándose, revendiéndose.

La violencia consiste ahora en perder la esencia humana de búsqueda y construcción permanentes, en la inercia obligada; en ver pasar sin ser parte actuante del mundo, de su arte, de su estética, de su placer y edificación; en hacernos creer que esta es la última y definitiva etapa donde no hay más que descubrir. La comunicación entonces cerrará ese círculo aniquilador de valores donde, una vez desaparecida la maldad, todo parece terminado.

Nos convence de que no se puede decir, no se puede hacer, no se puede ser. El miedo se disfraza de realismo: para que la realidad no sea irreal, nos dicen los ideólogos de la impotencia, la moral ha de ser inmoral. Ante la indignidad, ante la miseria, ante la mentira, no tenemos más remedio que la resignación. Signados por la fatalidad, nacemos haraganes, irresponsables, violentos, tontos, pintorescos y condenados a la tutela militar.²

En el caso de la provincia de Sucumbíos, sin embargo, como lo decía el Obispo, monseñor López, existen intentos por romper el silencio impuesto por el miedo; el Obispo está convencido de que hay que decir también lo bueno, que hay que rescatar la palabra que todavía suena en las calles, la solidaridad de quienes todavía creen en ella. Según él, los seres humanos no pueden, no podrían callar para siempre, ni dejar de soñar y ésa todavía es una ventaja que tenemos en contra del miedo.

A nivel mundial, durante la invasión a Irak, los medios masivos de comunicación, la mayoría de ellos, contabilizaron más de 40 millones de personas que se manifestaron por la paz. En Europa, las grandes cadenas televisivas transmitieron las protestas de los movimientos pacifistas que, desafiando a sus gobiernos, se tomaron las calles y las plazas para hacer escuchar su voz.

Los cibernautas se sumaron a la toma de los espacios públicos, a manera de una invasión electrónica. Y es que nunca como en esa ocasión, las ca-

2. Eduardo Galeano, *Patatas arriba: la escuela del mundo al revés*, México, Siglo XXI Editores, 1999, 4a. ed., p. 79.

denas de organizaciones y grupos pacifistas se habían tomado, además de la calle, el ciberespacio para desatar campañas enormes, comunicados, poemas, firmas, acuerdos y convocatorias en todo el mundo.

No podemos negar que la guerra forzó a generar espacios informativos imposibles de consolidar en otras coyunturas. Un aparente acuerdo en las opiniones de sectores históricamente contrarios permitió una apertura en medios que permanecieron cerrados durante décadas a la diversidad de opiniones y posturas.

Existen varias lecciones evidentes de este proceso, es posible que nos quede la sensación de haber alcanzado, al menos, un nivel de conciencia que esté caminando hacia la tarea de desarrollar un pensamiento crítico.

Es cierto que esta vez no logramos parar una guerra, pero también es cierto que nunca como hoy nos sentimos irrefrenablemente multiplicados.

Si no tiene internet –decía una hojita volante repartida frente a la Embajada estadounidense por estudiantes secundarios–, fotocopie esta convocatoria y repártala en su barrio, si no tiene acceso a la fotocopidora, hábleles a sus vecinos, invite a sus amigos... lo importante es que nadie se quede sin escuchar su palabra de indignación.

Es probable que de tanto miedo, de tanto silencio, el ser humano, implacable en su obsesión de vivir, esté desatando a nivel mundial una voz que parecía haber alcanzado su mudez absoluta luego de la caída el muro. Es posible entonces hablar de «la construcción de un nuevo modo de ser ciudadano que posibilite a cada hombre reconocerse en los demás, condición indispensable de la comunicación y única forma «civil» de vencer el miedo.³

Y en aquellos tiempos muy difíciles, cuando el miedo era mucho, y mucha la violencia, en los tiempos en que el Frente nació, el libro recoge una frase que una muchacha escribió en un pizarrón y que me parece estupenda, y que creo que tiene toda la vigencia del mundo. La muchacha escribió: «Mil miedos juntos hacen un solo gran coraje». Y yo creo que éste era el sentido que el Frente tenía cuando nació, y éste es el sentido que el Frente tiene: un solo gran coraje que resulta de la unión de muchos mieditos dispuestos a luchar contra el miedo de ser, contra el miedo de recordar, contra el miedo de cambiar, y que así van formando un solo coraje grande, destinado a hacer posible que el parto por fin ocurra, que ese país generado dentro del otro país pueda por fin dar sus primeros pasos.⁴

3. Cfr. Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1985.

4. Eduardo Galeano, *Patatas arriba: la escuela del mundo al revés*, op. cit., p. 175.

Algunas culturas indígenas realizan una ceremonia cuando, especialmente los niños, han estado expuestos a las malas energías (las ojeadas), han salido de un cementerio, no pueden dormir o simplemente para prevenir los miedos y sus consecuencias: el llanto, la depresión, la enfermedad. «Curar el espanto», le dicen a la ceremonia en que los viejos, los más sabios, levantan sus cantos y sus espíritus a los dioses, escupen tragos preparados, danzan y exorcizan el miedo. Que se vaya, que no regrese. El niño queda protegido y, por si acaso, le ponen una cinta roja en la muñeca.

Se crea o no en la sabiduría indígena, uno de los recursos para enfrentar el miedo será intentar curas para el espanto, con ceremonias o sin ellas, pero siempre celebrando la vida que todavía está y que, como lo dijo el Obispo de Sucumbíos, mientras permanezca y sea reconocida como tal, deberá ser y hacer el milagro.

Bibliografía

- Acción Ecológica. *Violaciones de los derechos humanos en la construcción del OCP*, Quito, Acción Ecológica, 2001.
- Añazco, Jorge. *Sucumbíos, quinta provincia amazónica*, Quito, Producción Gráfica, 2000.
- Baudrillard, Jean. *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 1993.
- Bernoux, Philippe, y Alain Biruou. *Violencia y sociedad*, Madrid, Zero S.A., 1972.
- Bodei, Remo. *Geometría de las pasiones*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Carrión, Fernando. «Violencia urbana», en *Revista Chasqui*, No. 53, Quito, Editorial Quipus-CIESPAL, 1996.
- Deutsch, Karl. *Los nervios del gobierno: modelos de comunicación y control políticos*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
- Duby, Georges. *Año 1000, año 2000, la huella de nuestros miedos*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1995.
- Escalante, Fernando. *La política del terror*, México D.F., México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Galeano, Eduardo. *Patatas arriba, la escuela del mundo al revés*, México D.F., Siglo XXI Editores, 1990.
- — — «La escuela del crimen», en *Revista Chasqui*, No. 53, Quito, Editorial Quipus-CIESPAL, 1996.
- Goffman, Erving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- Horacio, Riquelme, edit. *Era de nieblas*, Caracas, Nueva Sociedad, 1990.
- Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES). «Persona y sociedad», en *La violencia en Chile: estrategias de pacificación*, vol. VII, No. 4, Chile, ILADES, 1993.
- López, Ana. «Turner vs. Murdoch, la pelea del siglo XXI», en *Revista Domingo*, diario *Hoy*, No. 20, Quito, Edimpres, 1998.
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1985.
- Milburn, Michael. *Persuasión y política: la psicología social de la opinión pública*, Bogotá, CEREC, 1994.
- OIPAZ. *Testimonios de frontera*, Quito, Imprenta Cotopaxi, 2001.
- Palacios, Germán. *La irrupción del paraestado*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.
- Peñaherrera, Cecilia. «¿Los medios provocan o reflejan la violencia?», en *Revista Chasqui*, No. 53, Quito, Editorial Quipus-CIESPAL, 1996.

- Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación*, Barcelona, Debate, 2002.
- Rotker, Susana, edit. *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, 2000.
- Schutz, Alfred. *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- Sodré, Muñiz. «Sociedad, cultura y violencia», en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, Quito, Norma, 2003.
- Varas, Augusto. *Jaqué a la democracia: orden internacional y violencia política en América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990.
- Vergara, Jorge. *Violencia y derechos humanos*, Chile, Comisión de Derechos Humanos, 1993.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica internacional autónoma. Se dedica a la enseñanza superior, la investigación y la prestación de servicios, especialmente para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos. La universidad es un centro académico destinado a fomentar el espíritu de integración dentro de la Comunidad Andina, y a promover las relaciones y la cooperación con otros países de América Latina y el mundo.

Los objetivos fundamentales de la institución son: coadyuvar al proceso de integración andina desde la perspectiva científica, académica y cultural; contribuir a la capacitación científica, técnica y profesional de recursos humanos en los países andinos; fomentar y difundir los valores culturales que expresen los ideales y las tradiciones nacionales y andinas de los pueblos de la subregión; y, prestar servicios a las universidades, instituciones, gobiernos, unidades productivas y comunidad andina en general, a través de la transferencia de conocimientos científicos, tecnológicos y culturales.

La universidad fue creada por el Parlamento Andino en 1985. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, sedes nacionales en Quito y Caracas, y oficinas en La Paz y Bogotá.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. Ese año suscribió con el gobierno de la república el convenio de sede en que se reconoce su estatus de organismo académico internacional. También suscribió un convenio de cooperación con el Ministerio de Educación. En 1997, mediante ley, el Congreso incorporó plenamente a la universidad al sistema de educación superior del Ecuador, lo que fue ratificado por la Constitución vigente desde 1998.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional y proyección internacional a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Universidad Andina Simón Bolívar

Serie Magíster

- 1 Mónica Mancero Acosta, ECUADOR Y LA INTEGRACIÓN ANDINA, 1989-1995: el rol del Estado en la integración entre países en desarrollo
- 2 Alicia Ortega, LA CIUDAD Y SUS BIBLIOTECAS: el graffiti quiteño y la crónica costeña
- 3 Ximena Endara Osejo, MODERNIZACIÓN DEL ESTADO Y REFORMA JURÍDICA, ECUADOR 1992-1996
- 4 Carolina Ortiz Fernández, LA LETRA Y LOS CUERPOS SUBYUGADOS: heterogeneidad, colonialidad y subalternidad en cuatro novelas latinoamericanas
- 5 César Montaña Galarza, EL ECUADOR Y LOS PROBLEMAS DE LA DOBLE IMPOSICIÓN INTERNACIONAL
- 6 María Augusta Vintimilla, EL TIEMPO, LA MUERTE, LA MEMORIA: la poética de Efraín Jara Idrovo
- 7 Consuelo Bowen Manzur, LA PROPIEDAD INDUSTRIAL Y EL COMPONENTE INTANGIBLE DE LA BIODIVERSIDAD
- 8 Alexandra Astudillo Figueroa, NUEVAS APROXIMACIONES AL CUENTO ECUATORIANO DE LOS ÚLTIMOS 25 AÑOS
- 9 Rolando Marín Ibáñez, LA «UNIÓN SUDAMERICANA»: alternativa de integración regional en el contexto de la globalización
- 10 María del Carmen Porras, APROXIMACIÓN A LA INTELECTUALIDAD LATINOAMERICANA: el caso de Ecuador y Venezuela
- 11 Armando Muyulema Calle, LA QUEMA DE ÑUCANCHIC HUASI (1994): los rostros discursivos del conflicto social en Cañar
- 12 Sofía Paredes, TRAVESÍA DE LO POPULAR EN LA CRÍTICA LITERARIA ECUATORIANA
- 13 Isabel Cristina Bermúdez, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN LA GOBERNACIÓN DE POPAYÁN
- 14 Pablo Núñez Endara, RELACIONES INTERNACIONALES DEL ECUADOR EN LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA
- 15 Gabriela Muñoz Vélez, REGULACIONES AMBIENTALES, RECONVERSIÓN PRODUCTIVA Y EL SECTOR EXPORTADOR
- 16 Catalina León Pezántez, HISPANOAMÉRICA Y SUS PARADOJAS EN EL IDEARIO FILOSÓFICO DE JUAN LEÓN MERA

- 17** René Lauer, LAS POLÍTICAS SOCIALES EN LA INTEGRACIÓN REGIONAL: estudio comparado de la Unión Europea y la Comunidad Andina de Naciones
- 18** Florencia Campana Altuna, ESCRITURA Y PERIODISMO DE LAS MUJERES EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX
- 19** Alex Aillón Valverde, PARA LEER AL PATO DONALD DESDE LA DIFERENCIA: comunicación, desarrollo y control cultural
- 20** Marco Navas Alvear, DERECHOS FUNDAMENTALES DE LA COMUNICACIÓN: una visión ciudadana
- 21** Martha Dubravcic Alaiza, COMUNICACIÓN POPULAR: del paradigma de la dominación al de las mediaciones sociales y culturales
- 22** Lucía Herrera Montero, LA CIUDAD DEL MIGRANTE: la representación de Quito en relatos de migrantes indígenas
- 23** Rafael Polo Bonilla, LOS INTELECTUALES Y LA NARRATIVA MESTIZA EN EL ECUADOR
- 24** Sergio Miguel Huarcaya, NO OS EMBRIAGUÉIS....: borrachera, identidad y conversión evangélica en Cacha, Ecuador
- 25** Ángel María Casas Gragea, EL MODELO REGIONAL ANDINO: enfoque de economía política internacional
- 26** Silvia Rey Madrid, LA CONSTRUCCIÓN DE LA NOTICIA: corrupción y piponazgo
- 27** Xavier Gómez Velasco, PATENTES DE INVENCÓN Y DERECHO DE LA COMPETENCIA ECONÓMICA
- 28** Gabriela Córdova, ANATOMÍA DE LOS GOLPES DE ESTADO: la prensa en la caída de Mahuad y Bucaram
- 29** Zulma Sacca, EVA PERÓN, DE FIGURA POLÍTICA A HEROÍNA DE NOVELA
- 30** Fernando Checa Montúfar, EL *EXTRA*: LAS MARCAS DE LA INFAMIA: aproximaciones a la prensa sensacionalista
- 31** Santiago Guerrón Ayala, FLEXIBILIDAD LABORAL EN EL ECUADOR
- 32** Alba Goycochea Rodríguez, LOS IMAGINARIOS MIGRATORIOS: el caso ecuatoriano
- 33** Tatiana Hidrovo Quiñónez, EVANGELIZACIÓN Y RELIGIOSIDAD INDÍGENA EN PUERTO VIEJO EN LA COLONIA
- 34** Ramiro Polanco Contreras, COMERCIO BILATERAL ECUADOR-COLOMBIA: efectos del conflicto
- 35** Anacélida Burbano Játiva, MÁS AUTONOMÍA, MÁS DEMOCRACIA
- 36** Ángela Elena Palacios, EL MAL EN LA NARRATIVA ECUATORIANA MODERNA: Pablo Palacio y la generación de los 30
- 37** Raúl Useche Rodríguez, EDUCACIÓN INDÍGENA Y PROYECTO CIVILIZATORIO EN ECUADOR

- 38** Carlos Bonfim, HUMOR Y CRÓNICA URBANA: ciudades vividas, ciudades imaginadas
- 39** Patricio Vallejo Aristizábal, TEATRO Y VIDA COTIDIANA
- 40** Sebastián Granda Merchán, TEXTOS ESCOLARES E INTERCULTURALIDAD EN ECUADOR
- 41** Milena Almeida Mariño, MONSTRUOS CONSTRUIDOS POR LOS MEDIOS: Juan F. Hermosa, el «Niño del terror»
- 42** Lourdes Endara Tomaselli, «¡AY, PATRIA MÍA!»: la nación ecuatoriana en el discurso de la prensa
- 43** Roberto Corrales, JUSTICIA CONSTITUCIONAL EN BOLIVIA: hacia el fortalecimiento del régimen democrático
- 44** Marco Albán Zambonino, PROBLEMAS DEL DERECHO TRIBUTARIO FRENTE AL COMERCIO ELECTRÓNICO
- 45** Santiago Basabe Serrano, RESPONSABILIDAD PENAL DE LAS PERSONAS JURÍDICAS DESDE LA TEORÍA DE SISTEMAS
- 46** Bayardo Tobar, EL INGRESO DEL ECUADOR A LA OMC: simulacro de negociación
- 47** Rosana Morales, LA PRESCRIPCIÓN TRIBUTARIA: estudio comparativo Ecuador - países andinos
- 48** María Luisa Perugachi, OPTIMIZACIÓN DE PROCESOS: la concesión de radiofrecuencias en el Ecuador
- 49** Manuel Espinosa Apolo, MESTIZAJE, CHOLIFICACIÓN Y BLANQUEAMIENTO EN QUITO: primera mitad del siglo XX
- 50** Iván Rodrigo Mendizábal, MÁQUINAS DE PENSAR: videojuegos, representaciones y simulaciones de poder
- 51** Patricio Guerrero Arias, USURPACIÓN SIMBÓLICA, IDENTIDAD Y PODER: la fiesta como escenario de lucha de sentidos
- 52** Santiago García Álvarez, COMERCIO E INTEGRACIÓN EN EL ALCA: oportunidades para un acuerdo más equitativo
- 53** Jed Schlosberg, LA CRÍTICA POSOCCIDENTAL Y LA MODERNIDAD
- 54** Juan Carlos Grijalva, MONTALVO: CIVILIZADOR DE LOS BÁRBAROS ECUATORIANOS. Una relectura de *Las Catilinas*
- 55** Ana María Correa, LA OMC: ¿MÁS ALLÁ DE LA INTERESTATALIDAD?
- 56** Cecilia Lanza Lobo, CRÓNICAS DE LA IDENTIDAD: Jaime Sáenz, Carlos Monsiváis y Pedro Lemebel
- 57** María Luisa Martínez, LA NOVELÍSTICA DE MIGUEL DONOSO: la desgarradura de una errancia
- 58** Gustavo Abad, EL MONSTRUO ES EL OTRO: la narrativa social del miedo en Quito
- 59** Belén Vásconez Rodríguez, LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL MIEDO. Caso: Sucumbíos

La circulación de la violencia, las palabras, los rumores, el miedo representado e impregnado en personas o cosas cotidianas vuelven a éste una epidemia que corroe las raíces mismas de la sociedad, rompe con la cotidianidad y, en su lugar, dispone de nuevos códigos que harán de las relaciones sociales una convivencia en tensión permanente, en desconfianza, en inseguridad.

Es posible hablar de una nueva ciudadanía, una ciudadanía basada en el miedo donde confluyen más de un discurso y más de un símbolo. En sociedades mutiladas por la angustia queda el silencio como la única protección, la única garantía de vida. Entonces, se debe pretender que, si se ve, se oye y se calla, nada pasará. Es mejor no preguntar quién murió y menos por qué, todos lo saben, nadie lo dice.

Belén Váscquez escribió este relato en Sucumbíos, a manera de diario de campo, tratando de leer a la ciudad como un texto, con la certeza de que «los capítulos están incompletos porque las palabras se hacen todos los días, porque el ser humano tendrá siempre cosas que decir y, con suerte o con algo de dignidad, seremos –tendremos que ser– nosotros y nosotras quienes aprendamos a escuchar y hasta podría ser que algún día, ojalá pronto, seamos capaces de dar una respuesta».



Belén Váscquez Rodríguez (Quito, 1974) estudió Comunicación Social en la Universidad Central del Ecuador en Quito, obteniendo su título en 1998. Realizó un posgrado en reportaje escrito en la Universidad Nacional Autónoma de México (1999); hizo estudios de literatura en la Universidad Sor Juana Inés de la Cruz y de apreciación cinematográfica en la Casa LAMM (México, 2000). Obtuvo el título de Magíster en Comunicación en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (Quito, 2002).

Dirigió durante siete años el Área de Comunicación de la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos. Trabaja actualmente en la Dirección de Comunicación de la Comisión de Control Cívico de la Corrupción.